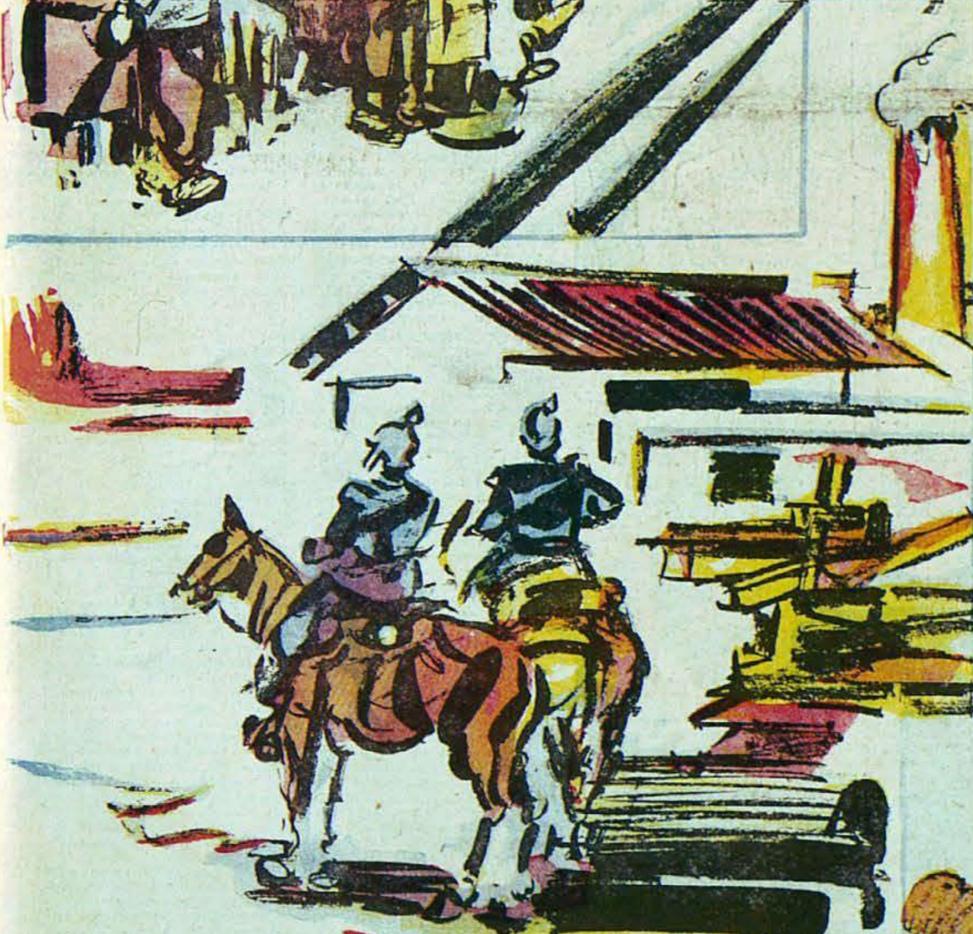


Pelear de Osos de Arpillera y Cine a 0.20 en Colegiales

POR

RAUL RIVERO OLAZABAL

Ilustraciones de Parpagnoli



nista dejaba a veces de mirar la cinta y se acordaba de tocar el piano...

Por veinte centavos, nos dábamos un empacho de biógrafo. Entrábamos a las dos de la tarde y salíamos a las ocho de la noche...

Cuando queríamos "paquetear", nos íbamos al de "Las Familias". Pero entonces "colábamos", sobornando al portero con veinte centavos...

La poca vigilancia en la playa de cargas de la estación Colegiales, dió origen a una industria, o, mejor dicho, a un comercio entre las turbas de muchachos que vagabundeaban por los alrededores...

Lejaron a ser tan grandes, que la empresa abrió los ojos y estableció vigilancia. Agentes del escuadrón de seguridad recorrían la playa y las calles vecinas...

rabia del porrazo, mientras aquel, como un último recurso, gritaba ante el círculo impávido de curiosos...

¡Atentado contra la libertad! ¡Atentado contra la libertad!

En la calle Falpa, llegando a Alvarez Thomas, se extendía un desamparo de una o dos manzanas, dividido en potreros y quintas de verdura...

Esa campaña, y los mástiles con faros que se construían para iluminar la playa de maniobras, acabaron en poco tiempo con ese comercio furtivo de los hurtos de leña...

La Calabria

Entre Zapiola y Freyre, lindantes con Loreto, se extendían terrenos baldíos, cubiertos de yuyos altísimos y basuras...

Esa era la parte pendenciera del barrio, de allí llegaban con frecuencia los ecos de altercados acabados a balazos o puñaladas. Estos recrudescían para carnaval...

zan chalecitos y "cottages", sobre calles asfaltadas. Muchos de sus moradores continuarán tal vez siendo los de antes, pero, por lo menos, ahora hablan español y usan el cuchillo sólo para llevarlo a la boca.

El club

En la esquina de Conesa y Céspedes hay un almacén. En la época a que me refiero y hasta hace varios años, era el almacén de Solari, pulpería de ciudad, verdadero club del barrio...

En esa esquina jugábamos a la pelota, contra las cortinas metálicas del negocio, con gran desesperación de don Solari. Cuando éste había salido ya varias veces a ahuyentarnos, nos corríamos hasta la otra, donde vivía la "vice" del colegio...

El nombre deja gusto a fruta en la boca. Trae el jugoso recuerdo de aquellas sandías alucinantes de los veranos...

Biógrafo a 0.20 la completa. Como todos se han fundido, puedo hablar de ellos con libertad. Riaba, entonces, sólo dos cinematógrafos en todo el barrio de Colegiales...

tado por esas carreras desenfundadas de los caballos tras el hombre enloquecido, por las pizadas de auxilio, por los gritos, por el tumulto de la caza final...

de las carnicerías, y no faltaba el gracioso que comía orejones en una baciniña. Pero eso no sería nada, si no fuera por los llos de proporciones a que solían dar lugar esos festejos...

Ahora

Esta en las calles más apartadas y reacias, se ha metido el progreso. El barrio empieza a levantarse, a ganar pisos hacia arriba. Desaparecida la Calabria, desaparecidos los potreros...



EL MISTERIO DE LOS TRES SUICIDAS

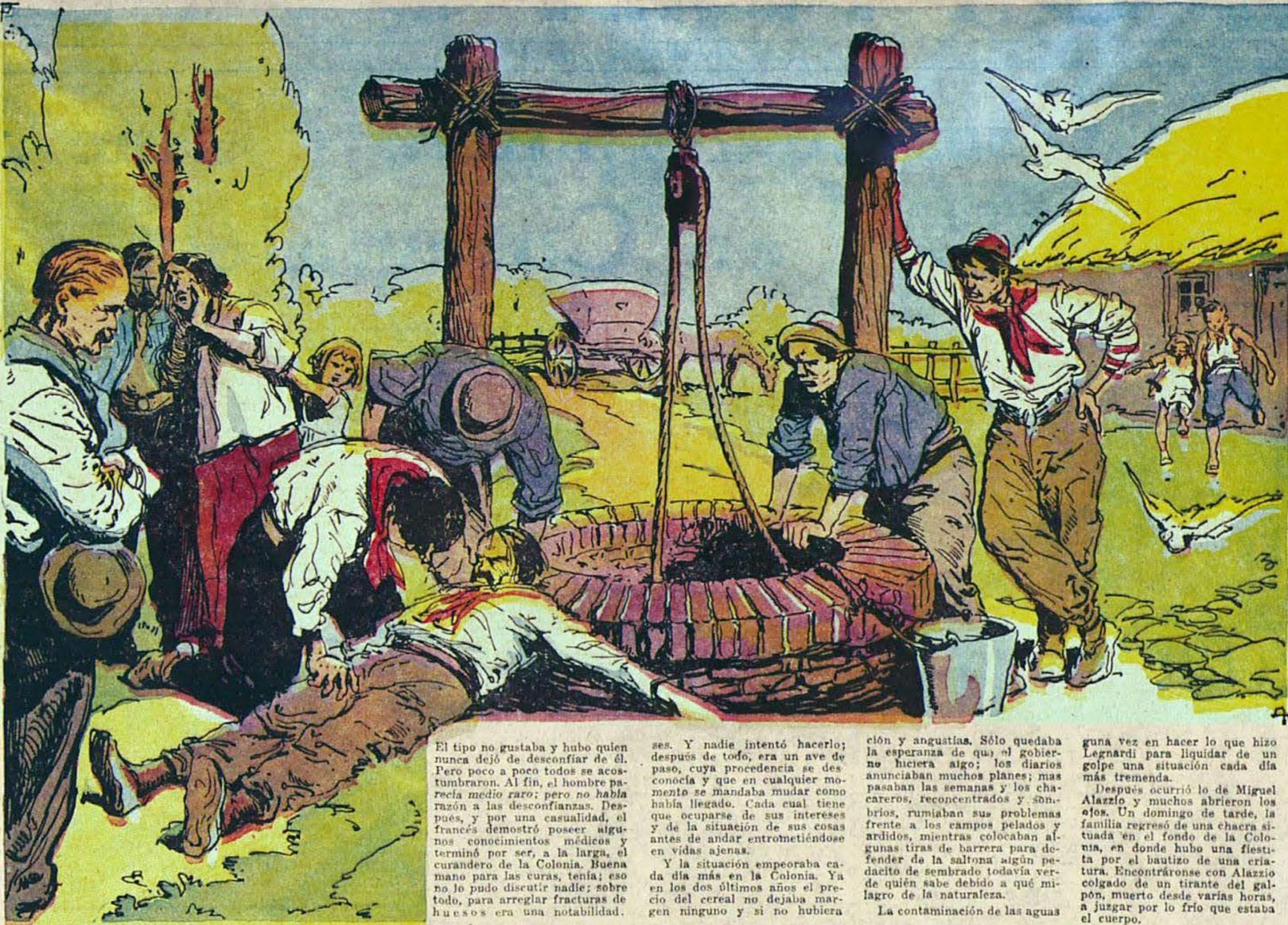
DESPUES de todo, siempre queda en la historia un aspecto de misterio que provoca todavía inagotables comentarios en la Colonia Piemonte y hasta en toda la zona agrícola del Departamento San Martín. El viajante de una casa importadora de implementos agrícolas afirmó en Rosario habiéndose hablado mucho de la cosa y que los diarios formularon diversas hipótesis para explicar los extraños sucesos, sin que ninguna de ellas fuese aceptada como enteramente satisfactoria. Lo cierto es que un hábil pesquero rosarino pasó varios días recorriendo la Colonia, visitó las chacras, conversó con unos, interrogó a otros, tomó muchas anotaciones, silbó bajito con expresión enigmática y regresó sin hablar palabra acerca del resultado de sus investigaciones y sin que después se supiera nada de lo que descubrió o comprobó el pesquero.

“¿Por qué no se metió preso al francés Bernard? Esta es la cuestión que plantean victoriosamente en la Colonia, como argumento final de siempre renovadas discusiones, todos aquellos que se precian de tener un poco de sagacidad y que han visto más mundo del que se extiende entre los alambrados de las chacras y los rieles de la Estación. ¿Por qué no se procedió contra el francés Bernard, cuando nadie dejó de advertir la inexplicable relación existente entre la presencia de ese sujeto y la muerte de los otros?”

Claro que nadie llegaba a afirmar que Bernard hubiese echado a Legnardi dentro del pozo en que se lo encontró muerto; tampoco ninguno asegura que el francés hubiese colgado al criollo Gamarra ni al pobre Alazizo de las cuerdas con que se ahorcaron. “Pero hay muchos modos de hacer morir a la gente...”

Y esas cosas no eran fábulas ni fantasmas de los libros. En la Colonia vive más de uno que ha visto cosas iguales allá en Italia; y algunos hasta en Rosario, en el Círculo Politeama, donde un faquir hacía horas o reír a cualquiera que se prestaba a ello, solamente con decirle que había ganado la lotería o que le estaban sacando una muela sin inyección, después de haberlo hecho dormir con algunos movimientos de la mano, mientras lo miraba fijamente en los ojos. Es verdad que el inspector de la Defensa Agrícola, en su última gira por las chacras, dijo que en San Martín refanase a carcajadas de las supercherías fantásticas de los colonos y de sus sospechas descabelladas sobre el francés Bernard, porque estaba probado en autos —al hombre le gustaba repetir la expresión—; estaba probado en autos que tanto Legnardi como los otros dos se suicidaron a causa de los precios, la langosta y las deudas, ya no habían cómo salir del paso y les entró una desesperación que los llevó a cometer aquella locura.

Eso diría la policía de San Martín, naturalmente. Algo tiene que decir la policía para explicar su fracaso. Pero cuando dos hombres sanos, fuertes, acostumbrados a luchar y padrecos de familia, además, se ma-



Por mucho que se haga para interpretar racionalmente los hechos, siempre queda flotando un trágico ambiente de misterio alrededor de aquello.

Para comenzar por el principio, es menester decir que un día —dos o tres años atrás— apareció en la Colonia el francés Bernard. El hombre no era agricultor ni cosa parecida. No se sabe con permiso de quién ocupó un lote de los reservados para edificios públicos; solo con su alma, levantó un rancho de palos, latas, barro y paja, arreglándoselas como pudo para vivir allí. Era un hombre alto, flaco, barbudo y nada comunicativo. En poco tiempo se hizo una huertita que trabajaba a ratos, criando también algunas aves y conejos en retazos separados del terreno. Con ese atendía sus necesidades, que no eran muy grandes, vendiendo algo, también, cuando se le presentaba la ocasión. Durante los primeros tiempos, su presencia despertó alguna curiosidad en la Colonia, provocando comentarios más bien desfavorables.

El tipo no gustaba y hubo quien nunca dejó de desconfiar de él. Pero poco a poco todos se acostumbraron. Al fin, el hombre parecía medio raro; pero no había razón a las desconfianzas. Después, por una casualidad, el francés demostró poseer algunos conocimientos médicos y terminó por ser, a la larga, el curandero de la Colonia. Buena mano para las curas, tenía; eso no lo pudo discutir nadie; sobre todo, para arreglar fracturas de huesos era una notabilidad.

Ya hubieran querido muchos cirujanos diplomados de Rosario, tener su habilidad para colocar un hueso en su sitio, entablillar y hacer el soldar, en forma tan limpia que parecía no haberse roto jamás.

Como un día lo llamaban de esta parte y otro día de aquella, el viejo dejó de atender su granjita para vivir de lo que le daban los chacareros como retribución de sus servicios. A todos los parecía justo; un médico con título les hubiera salido más caro y quien sabe si tan bueno. En esa época se le encontraba frecuentemente por los caminos de Colonia, siempre a pie, hablando en voz alta o buscando yuyos a lo largo de los alambrados. Atendía a todo el mundo, entraba en todas las casas; pero no se había familiarizado con nadie ni amistado con persona alguna. Conversaba poco, hacía lo suyo y se retiraba después de rezonar algunas recomendaciones en la lengua francocriolla que le salta de entre las revueltas barbas como un bronco rumor de entre un zarzal. La gente tampoco sentía muy propensa a intimar con una persona así, tan cerrada de genio, y con esa cara de pocos amigos que repelia todo intento de familiaridad, mirándolo a uno con aquellos ojos hurafos y hundidos bajo el peludo matorral de las cejas grises.

Y nadie intentó hacerlo; después de todo, era un ave de paso, cuya procedencia se desconocía y que en cualquier momento se mandaba mudar como había llegado. Cada cual tiene que ocuparse de sus intereses y de la situación de sus cosas antes de andar entrometiéndose en vidas ajenas.

Y la situación empeoraba cada día más en la Colonia. Ya en los dos últimos años el precio del cereal no dejaba margen ninguno y si no hubiera

La contaminación de las aguas

guna vez en hacer lo que hizo Legnardi para liquidar de un golpe una situación cada día más tremenda.

Después ocurrió lo de Miguel Alazizo y muchos abrieron los ojos. Un domingo de tarde, la familia regresó de una chacra situada en el fondo de la Colonia, en donde hubo una fiesta por el bautizo de una criatura. Encontráronse con Alazizo colgado de un tirante del galpón, muerto desde varias horas, a juzgar por lo frío que estaba el cuerpo.

Al hombre se lo había notado muy raro en las últimas semanas; nadie, sin embargo, pudo prescribir que iba a terminar así. Andaba muy nervioso, pasábase días sin hablar casi, y solía hacer misteriosas alusiones a enemigos que lo perseguían implacablemente; a lo último no daba un paso sin tener al alcance de la mano la escopeta cargada. Precisamente, el día anterior estrelló contra el suelo un frasco lleno de cierto coimiento de yuyos que lo había recetado Bernard para los dolores de cintura, gritando que a él no lo iban a envenenar porque él sabía bien cómo defenderse de los envenenadores.

Entonces nadie en la familia tomó atadero a esas palabras. Ahora se repitieron y comentaron; y los hombres dieron en cavilar. Después de todo, al francés no lo conocía nadie; él le daba esto y aquello y ellos se lo tomaban sin observaciones, sólo porque le salía barato. Durante el velorio, algunos se arrinconaban, fumando sus pipas, y cambiaban recelosas impresiones. Cuatro o cinco mocetones, encabezados por el hijo del criollo Gamarra, recién licenciado de la conscripción, hablaban vagamente de hacer algo para llevar a la Colonia de las desgracias que le habían caído encima desde que cierta persona tuvo la maldita idea de instalarse entre las chacras.

No hicieron nada; pero la gente dejó de llamar al francés; cada cual se curaba como podía. El otro sintió en seguida el aislamiento. Los que pasaban cerca de su rancho veíanlo trabajando otra vez en la huertita, al rayo del sol, más flaco y más alto que nunca, murmurando y manoteando en el aire como era su costumbre. Unos muchachos arriesgáronse a tirarle algunos terronazos y salieron disparando, aterrorizados, por las maldiciones del curandero, quien los corrió furiosamente con un palo.

Al fin se produjo la muerte del criollo Gamarra. Este Gamarra era el único habitante de la Colonia que creía aún en el francés. Cuando le hablaban de brujerías y de daños, largaba la carcacha, recordando que el viejo aquel, con unas raíces hervidas, había curado en poco tiempo de una enfermedad al estómago, ya crónica, y que le costara una punta de pesos en las píldoras rosadas que recomendaba el almanaque.

Y viniendo del pueblo en sulky, Gamarra estuvo parado largo tiempo frente al rancho del francés, conversando con él desde la calle. Eso lo vieron muchos, pues como el vehículo estaba detenido en el camino real, varios transeúntes, el reparador de pan entre ellos, cruzaron por el paraje cuando los dos hombres conversaban amistosamente. Gamarra era una de las personas que estaban mejor en la Colonia. El campo de la chacra era suyo —lo último que les quedaba de la gran estancia

transformada en colonia agrícola— y era propietario de una tropa de carros que en tiempo de la cosecha transportaba cereales, regentada por el hijo mayor, el conscripto. Todos en la casa contaban después que volvió tranquilo, sin que dijera ni se le notara nada extraordinario. Repitió ciertas conversaciones oídas en el pueblo, anunció algunos trabajos para el otro día, cenó y se fue a acostar. Nadie en la casa lo sintió levantarse durante la noche. Pero a la mañana siguiente, el primero que se tiró de la cama descubrió a Gamarra ahorcado, pendiente del techo de la plecta que servía de comedor.

La noticia corrió inmediatamente por la Colonia, provocando gran excitación en todas partes. Gamarra era un vecino de importancia, había sido juez y estaba considerado como candidato político de la zona. Todo esto, añadido a las circunstancias que rodearon su muerte, tan sospechosamente igual a las anteriores, fermentaron las levaduras de desconfianza y odio sedimentadas por los dramas precedentes.

Muy pocos atreviéronse a dudar ahora, de que algo, una voluntad misteriosa y perversa, había desencadenado sus siniestros influjos sobre la población de las chacras. El mismo subdelegado policial admitió “como sumamente sospechosa la coincidencia de que el francés Bernard apareciera tan inmediatamente ligado a los tres suicidios consecutivos”. Y hasta los más recios confesores encontraron “muy extraño el hecho de que el curandero fuese el último que hubiera hablado con los dos suicidas y que el tercero estuviese bajo su asistencia cuando se notaron en su carácter las anormales manifestaciones que finalizaron en el fondo del pozo”. Aquello era extraño, terriblemente extraño.

Una ola de silencioso pavor avanzó sobre la gente de la Colonia, colmando las almas de ese oscuro sentimiento de impotencia y miedo que infunde la inexplicable confrontación con lo desconocido. Y el terror mezclábase con la cólera, una cólera irrazonada y ciega que amenaza explotar en bárbaras represalias.

Aquella noche los hombres acudieron callados y amenazantes a la casa de los Gamarra. Muchas escopetas y revólveres; nadie inquiría el por qué de esas precauciones, como si una táctica inteligencia hubiera establecido entre todos. Formando grupos, en el patio o en el galpón, cambiaban lacónicas frases, de las que habían desertado las habituales lamentaciones sobre el tiempo y donde ni se mencionaban las esperanzas respecto a medidas gubernativas en favor de los productores agrarios. Hablaban en voz baja de otra cosa. Con cautelosos sobretendidos, convenían “en que aquello no podía seguir así” y aseguraban “que algo había que hacer y se haría sin tardanza” para limpiar a la Colonia de elementos dañinos. Ni uno solo pronunció el nombre de Bernard; pero adivinábase en los ojos bajo las frentes ceñudas una sola obscura preocupación. El hijo de Gamarra recibía significativos apretones de manos, mientras a sus oídos murmurábase vagas y patéticas promesas. Aquello hizo tan perceptible que el subdelegado, presente desde temprano con el único agente a sus órdenes, creyó prudente eclipsarse sin más averiguaciones. Su experiencia hablaba enseñado que cuando la autoridad no puede impedir ciertas cosas, es mejor que las ignore.

Pero las cosas no resultaron, finalmente, tan tremendas como se temían, sea porque los designios fueran menos trágicos de lo anunciado o bien porque la claridad plenilunar que iluminaba los campos delatara la distancia al grupo que se acercaba vociferando al rancho del francés. De todos modos, el hombre debía haber olfateado algo y estaría alerta, pues cuando sonaron los primeros ¡Mueras! y las primeras descargas de chumbos estrelláronse contra las maltrecas paredes de la choza, el curandero supo escabullirse entre las sombras del camino, desapareciendo sin dejar rastros de su oportuna fuga. No se le vio más por aquellos pajes.

El próximo número de CRITICA Revista MULTICOLOR publicará un gran cuento policial de Antonio Horkeley. De detalle imprevisto aclara un asesinato perfecto.



La gente dióse por vencida, abandonándose a un sombrío desahino. Era inútil luchar más. Lo malo es que si no se trabaja no hay que comer y alrededor de ca la uno hay muchas bocas hambrientas. Ante la improbabilidad del cobro, los bochicheros se ponen serios y retiran las libretas de fiado; además, los arrendamientos vencen y de la sucursal del Banco se reciben papellitos doblados que traen un mensaje de preocupa-

La mala alimentación multiplicaron las enfermedades. Nunca antes tanto el viejo Bernard como en aquellos días terribles; en cabeza bajo el sol, avanzando por los caminos polvorientos, ladrado desde las tranqueiras por enflaquecidos perros que se obstinaban en desconocerlo.

Una tarde pasó frente a la chacra de Legnardi; se detuvo y habló largo rato con el gallo desde el otro lado del cerco. De las cosas, la mujer los vio conversando; y el hijo de los alemanes Hellmuth, que pasó arreando una lechera, cambió con ellos un saludo cansado. Al anochecer, Legnardi entró a la casa callado y pensativo. Como poco y quedó en el patio, fumando la pipa, cuando la familia se recogió para dormir. Un poco más tarde la mujer lo oyó, entre sueños, pasarse agitado de aquí para allá, hablando solo tan acaloradamente como si disputara con alguno.

Cuando se levantaron a la mañana siguiente los sorprendió su ausencia. Algo después el mayor de los muchachos, asomándose al pozo, distinguió un buldócer en el fondo y comenzó a pedir socorro. A media mañana, entre varios vecinos, sacaron del agua el cadáver del pobre Legnardi.

La contaminación de las aguas

La contaminación de las aguas

La contaminación de las aguas

La contaminación de las aguas

por VICTOR JUAN GUILLOT

La contaminación de las aguas

La contaminación de las aguas

LAS SIETE ALMAS AUILLADORAS

por Henri Fauconnier

era esta: estamos en la "Casa de las Palmeras". Smail se halla en estado cataleptico. Esto no puede durar siempre.

Enjugaba mis brazos bañados en sudor. Pa Daoud, vigilante, nos hizo una señal: "¡Atención! Su hermano me llama."

Hacia media noche, al fin, el tigre, que parecía rondar constantemente alrededor de la casa, se alzó. Smail se calmaba y Ngah pudo prepararnos el té. El momento era favorable, nos dijo Pa Daoud, para escribir al enfermo; mientras hacía sus preparativos, interrogué a Rolain.

—Es Pa Daoud, el pawang, un gran hechicero...

El gran hechicero era de una singular fealdad: torso desnudo, de cuero apergaminado, largo rostro amarillo y rugoso —una especie de cidra de la que pendían algunos filamentos blancos— y labio superior prominente, tenso como un alfiler.

¡Espectro amarillo, espectro gris!
¡Que tu rostro amarillo se convierta en cenizas!

Luchamos durante varias horas; entre cuatro apenas si podíamos sujetarle. ¡Prodigiosas reservas de energía en ese feble cuerpo de adolescente!

A veces se interrumpía la crisis repentinamente; y las contracciones cesaban, pero los músculos permanecían tensos y no teníamos entre las manos más que un cuerpo endurecido, rígido, con miembros de madera.

Se oía el ruido familiar del viento, las ramas que poteaban, el grito de un pájaro nocturno. Volvíamos a tener conciencia de la realidad, que

te encontraba por todas partes funestos presagios que le producían viva turbación; pero no hablaba de ellos. Cierta día arrojó un libro, como si su contacto le hubiese quemado; en la cubierta de este libro había gotitas viscosas, exudaciones de la madera que a veces caen de las vigas del techo. Para él eran simientes de demonios...

La noche última vino un tigre a merodear bajo la casa; se veían relucir sus ojos. Rolain descolgó su fusil; pero Smail dijo: "No, Tuan, te suplico que no le mates; no se sabe nunca quién pueda ser..." Cuando Pa Daoud dijo: "Su hermano le llama", tenía quizá el mismo pensamiento. Hubo un hermano mayor en la familia, muerto de convulsiones, el mal misterioso. Las convulsiones son debidas a que el alma se desprende para alojarse en otra parte; en otro cuerpo; cuando no se muere a causa de ellas, es porque a veces se verifica un cambio de almas. Entonces no se es ya el mismo de antes, sino en apariencia. Pero su hermano mayor había muerto. Sufrió contrariedades amorosas, porque los padres de una muchacha le habían rechazado. Entonces su "higado" no sintió ya ganas de vivir y el alma partió.

El abceso de Pa Daoud se le ha subido a la mejilla. Comprendo ahora que su labio superior le sirve de petaca; con el índice extrae, del extremo de su boca, la pastilla de tabaco y la arroja en un rincón.

Ha cuidado la preparación escénica: algunos jarros recubiertos de hojas de bambú, un gran ramo de flores, en los que están encañados unos pájaros hechos con palma trenzada y sobre una bandeja de cobre un bote con incienso, tazones con arroz.



Con un ademán extingue la lámpara; los espíritus detentan su olor a petróleo, su luz categoría. Tres pequeños cirios palmitan en la penumbra. Un poco de incienso sobre el ascua que Ngah acaba de traer. El humo sube en un

Ilustración de Juan Sorazábal

ella las manos y aspirándola can lentitud. Diríase que este humo le embriaga; un ligero balanceo le agita y su sombra triple oscila sobre el muro.

El incienso ha venido a su encuentro: es que un ser invisible acepta su ofrenda y consiente en ayudarle. —¡Paz sobre ti, Tanju! — canturrea Pa Daoud.

Conozco tu nombre y tu origen. Eres impuro, pero [santificado Salido de las mucosidades de los ojos de Muhammad Cuando escapaba de Mekka En el polvo del desierto Guiado por un infiel. Cerrando sus ojos por [haber llorado...

Nada impresión tanto a los espíritus como que les recuerden su origen; ello les despeja del misterioso prestigio que creen poseer cerca de los humanos. Y si el que les habla añade a esta prueba de conocimiento, alusiones a los textos sagrados, que revelan un verdadero servidor de Alá, entonces quedan completamente subyugados.

Pa Daoud sabe aprovecharse de esta emoción, sin abusar de ella; coge el ramo de flores, y aproximándolo al humo, sopla sobre éste, que lo envuelve. Ven a tu jardín de delicias lleno de perfumes y de [pájaros creado por Alá ofrecido por mi hermano Smail Acepta este jardín de [delicias Reveláme la enfermedad de [mi hermano Smail.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



Daoud le había instruido en estas cosas, en el curso de largas conversaciones. ¿Pero cómo es posible que en esta noche opaca haya logrado encontrar lo que buscaba? Dicen que sus ojos ven claro en la oscuridad, como los de los tigres y hasta que tiene el poder de convertirse en una de estas fieras. A menudo desaparecía durante días, durante semanas...

Vuelve a ocupar su sitio cerca de Smail y queda allí recogido, agazapado, con las palmas de las manos sobre las rodillas. Se ve que un esfuerzo de concentración le aisla de cuanto le rodea. Después, poco a poco, la fuerza acumulada se desborda, recorre sus miembros como una corriente eléctrica, los agita en una larga trepidación. La máquina está dispuesta para el combate.

No se le ofrecerán flores al badi. El jardín de delicias se separa a un lado. Pues la belleza no se ha hecho para los malos, que ni la merecen ni saben apreciarla, escapando a su percepción. La belleza se ofrece a todos, pero es necesario saberla buscar. Aquellos que lo ven todo de un color negro en el mundo es porque miran desde las tinieblas de su corazón. No existe paraíso ni infierno, sino únicamente, en los ojos de los seres, una visión paradisiaca o infernal.

El estremecimiento que agita a Pa Daoud se convierte en una oscilación cada vez más amplia. Tienen en la danza de una cobra rodeada de un círculo de enemigos; una cobra vigilante, elástica, con la amenaza y el terror retratados en el fondo de sus ojos fríos. Sus labios se mueven ahora. Las fórmulas mágicas, para tener más fuerza, deben partir de lejos, ir a tomar su inspiración en lo más profundo del ser, del mismo modo que el pez saca de lo más hondo de los pulmones el aire que hará saltar la flecha de una cerbatana. Se las ve surgir, todavía silenciosas, al borde de los labios temblorosos. Al fin, la voz se eleva, ronca al principio, muy pronto incisiva como una flecha. Pero ninguno de nosotros comprende el sentido de estas palabras silbantes. Es el lenguaje de los espíritus, que desliza Rolain al oído. El hechicero llama en su ayuda, para defenderse contra la entidad maligna inapreciable, a ocultos aliados que habitan una esfera en la que bastan las medias palabras para comprenderse. De la misma manera que, cuando retumba el trueno, los ojos inquietos del perro buscan los de su dueño.

Los sonidos extraños se precisan insensiblemente. Parece que se podría ya transcribirlos con letras de nuestro alfabeto. Después se mezclan palabras árabes, Reconozco algunos nombres. Pa Daoud invoca a los cuatro arcanos: Israfil, dueño de los elementos; Azrail, dueño de los seres animados; Mikail, que está encargado de la fecundación y de la nutrición, e Ibrail, poseedor del conocimiento. Invoca nuevamente a Israfil, el más lejano, el más trascendental, el último que puede todavía escuchar los ruidos de los hombres y más allá del cual ya no existe sino el silencio y la voluntad de Alá.

Reconfortado con los arcanos, el hechicero se yergue, interpeleando al badi en un tono agresivo. Habla en malayo, importándole poco que comprenda o hasta que oiga: el deseo está ya formulado, el delirio sagrado obrará con el concurso de las potencias protectoras.

¡Oh, Badi! ¡Oh, Badi! Entra en este ramo de hojas absorbe la esencia de estas [hojas. Los siete beneficios de estas [hojas. Vuelve a los lugares de [donde viniste. En el agua que corre y [se infiltra en el viento que pasa y no [vuelve a pasar, en los abismos rojos de la [tierra, en las llanuras sin [vegetación, en los espacios sin extensión, por virtud de La-llaha- [illa-llah...

Una mano que ya no tiembla ofrece el ramo de hojas a la purificación del incienso, luego acaricia siete veces de la cabeza a los pies, el cuerpo rígido de Smail. Es preciso que el badi salga y que el alma espantada retorne en seguida. Este cuerpo no puede permanecer vacío, porque se pudriría. Pa Daoud llama al alma empleando la palabra que sirve a los malayos para llamar a los volátiles: ¡Kur! ¡Kur!

—¡Kur! ¡Semang! ¡Ven, alma de Smail, bin bangka! ¡Venid, sus siete almas!... Ven, pájaros, ven pequeños, ven impalpables... Y he aquí, en efecto, este estímulo el cuerpo se agita, el alma vuelve. ¡Siete almas auilladoras!... Nos precipitamos sobre Smail, pero el hechicero nos aparta con brazo de hierro e inclinando sobre el enfermo, le toma la cabeza entre las manos, clava los ojos en los suyos, grita, más fuerte que él, sin tomar aliento... Parecían dos perros que aullaran a la muerte. Después cayeron extenuados.

El Negro del Saxofón

-iN O se acuerda usted de él? Cuando tocaba sus solos de saxofón o cantaba sobre la tarima de la orquesta, muchos concurrentes cambiaban entre sí miradas significativas. Miraban al negro y luego a Mary, aquella delicada rubia angélica que pasaba su vida detrás del mostrador frente a la caja registradora. Una emoción extraña quebraba a veces la voz de Joe y sus miradas se posaban en ocasiones más de lo conveniente en el rostro de la cajera. Algunos sonreían entonces, otros comentaban. Creo que era Jimmy Rice, quien, sin soltar su bloque de cerveza, se levantó allí en el fondo del salón, y luego de palmeotar varios hombros llegaba a Mary para pedirle que sonriera a Joe. Mire usted que va a llorar, advertía maliciosamente. Ella sonreía. Siempre que le daban bromas con Joe, Mary sonreía. Joe acostumbraba en las pausas de la jazz acercarse al mostrador para conversar con la muchacha. Hablaba ante ella visiblemente coartado, como si su vida se paralizara en su presencia. Gustaba contarle sus andanzas por ciudades variadas, su infancia desdichada y triste, sus sueños. A veces le leía con voz lenta y atropellada alguna letra para jazz que había escrito. Otras, prefería el silencio. Sintiendo fuerte y feliz, se quedaba junto a ella sin hablar largo rato. Un vaso ya vacío daba vueltas entre sus manos, su pie derecho buscaba junto al piso el barrote de bronce, su mirada fija sobre el mostrador lustroso y mojado, seguía el reflejo del rostro de Mary y el suyo.

Al largo mostrador se acercaba también un hombre alto y moreno que cambiaba palabras y sonrisas con Mary. Llamábase Tex Olden y dicen que venía del Oeste. Se paraba en el mostrador y se quedaba mirando a ocupar Joe y hablaba a la muchacha buscando sus ojos. Ella esquivaba sus miradas con una sonrisa, simulaba por centésima vez arreglarse los cabellos, y luego, haciendo girar la manijilla de la caja, sacaba fichas del cajón y entregaba el vuelto a los mozos. Todos notamos cómo Joe seguía con ojos tristes e inquietos las vistas cada vez más frecuentes de aquel hombre y como evitaban encontrarse ambos junto a la muchacha.

Porque cuando Joe se arrimaba a la caja, Tex permanecía solo en una mesa bebiendo su whisky. Sus grandes ojos sonadores perseguían el humo de su cigarrillo o se posaban fuera, en la calle, llenos de nostalgia de grandes espacios. Porque no se si usted sabe que Tex tenía en Arizona una propiedad pequeña y alguien le dijo que se anagaba aquí en Nueva York.

La cuestión es que Joe se inquietó mucho. Aquel hombre no entraba en sus planes. Presa de una visible nerviosidad tocaba y cantaba espiando los movimientos y las miradas de ambos, esas miradas que semejaban señales profundas de sus almas, mientras su saxofón sonaba dolorido y resignado. Cuando Tex faltaba al bar, Joe recobraba su alegría. Pensaba, tal vez, que no volvería más, y nuevamente volvía a acercarse al mostrador.

Pero una vez junto a Mary, sólo atinaba a dar vueltas y más vueltas a su vaso. Parado frente a ella, sentía la trágica imposibilidad de realizar sus sueños, el abismo infranqueable que formaba el color del rostro de Mary y el suyo. Y retornaba a su puesto. «Eh, Joe!... Toca Dixieland, le gritaban. En aquella época se tocaba mucho Dixieland. Pero Joe no contestaba.

Una vez le preguntó a Mary: «¿Piensa quedarse siempre aquí? ¿Y dónde quiere que vaya? Como para cambiar de empleo ahora, contestó ella. Aquellas palabras le consolaron un tanto.

Se dio cuenta que no podía aspirar a más. Viviría junto a ella mirándola, conformándose con la magia de su presencia. Así, cuando un día supo que Mary se había comprometido con Tex, no se afligió mayormente. Tampoco la vez que ella lo llamó para presentarle a su prometido. Los dos hombres se estrecharon las manos con cordialidad. Cante usted Dixieland, solicitó Tex. Joe accedió. Recuerde que el canto de su saxofón me pareció aquella noche a ratos desenfrenadamente alegre y a ratos saturado de una comuni-



cativa tristeza. Era evidente que el mundo sólo tenía sentido para él a través de ella. Poder contemplarla, recoger una palabra suya, encontrar sus miradas, perderla y volverla a hallar en la melodía lenta de un blue o en la vertiginosa de un foxtro, era todo lo que Joe le pedía a la vida. Estaba seguro que nada cambiaría allí dentro del bar, y que el mundo permanecería siempre así para asegurarse aquella pequeña y grande felicidad suya.

Pero un día alguien le dió una noticia terrible. Mary, una vez casada se iría a vivir con Tex a Arizona. El negro sintió que su vida se paralizaba con aquella nueva. Se resistió a creerla. Como quien no tiene interés preguntó al dueño, si se nos va Mary, confirmó Dunn dando vueltas a su grueso cigarrillo de hoja en la boca. «Sí, es una buena muchacha. Silenciosa, callada, Joe volvió a decir. Quizá fue allí, en ese instante, en ese breve trecho de veinte pasos, que nació en su cerebro aquella idea que debía obsesionarlo. El presentimiento de que una vez ida Mary no podría seguir viviendo el antiguo. El bullicio del bar se le hacía a ratos insostenible, cuando no se entregaba a él locamente para acallar su desesperación. Y la fecha del matrimo-

rio se acercaba.

«¿Y quién podrá impedirlo?»

«¿Y el club de los mendigos?»

«¿Con qué motivo? ¿Con qué derecho?»

«Bueno; esperaré hasta mañana. Vendré por la última vez con la bolsa y el bastón de viaje.»

A la noche siguiente nadie faltó a la cita. La asamblea era aún más silenciosa que la víspera. Todos deseaban ver a Arnold, como si fueran a perderlo para siempre. La repentina aparición del joven fue saludada con aplausos. Al cabo de unos minutos, dos mendigos disfrazados de valets se acercaron a Arnold con el sombrero en la mano para recibir sus órdenes, llamándolo milord. Seis uniformados vestidos de negro, con galones de plata, se inclinaron ante él diciéndole:

«Estamos al servicio de milord.»

Un intendente, con profundo respeto, le presentó una cartera con estas palabras:

«Milord, de parte de nuestro hermano...»

Luego llegó otro mucamo con una carta:

«Milord, he aquí vuestro palacio para el teatro del rey.»

Por fin se oyó el ruido de un coche, y otro mucamo anunció:

«La carroza de milord está esperando.»

«Dios mío! —pensó Arnold, asustado por esa escena—. ¿Sueño o estoy loco?»

El valet preguntaba ahora:

«¿Adónde debo conducir, milord?»

El presidente del club contestó:

«A su palacio de Piccadilly.»

Entonces todos se acercaron para saludarlo y felicitarlo, y por medio de esa confusión el jefe de la asamblea le dijo:

«Adiós, hermano, de parte de todos los mendigos. No olvides nunca a los pobres de Saint-Giles, que han mendigado y mendigan para ti. No olvides a tus compañeros de desventura. Ellos te seguirán para protegerte, defenderte y servirte. Acuéstrate con tu nombre es el nombre de los Conrad, arruinados, desgraciados, desterrados por los ingleses, y sé orgulloso de tu miseria de un tiempo, que es la miseria de toda Irlanda. Yo deseo que tú seas amado, admirado y feliz.»

Nada más sé de esta hermosa y verdadera historia. Ustedes le darán el desenlace que preferían. En el cine no ofrecerá mayor dificultad; arrojado, apoyado por el club de Saint-Giles, Arnold se convierte en los pocos años en el esposo de la hija de un barón y en uno de los agitadores más ardientes de la Cámara de los Comunes.

Bernardo Haedo

ILUSTRACION DE ROJAS

Yo le comuniqué mis temores a Harry Jones. Pero Harry me dijo que Joe era un mal hombre y que no era digno de que se ocuparan de él. Vaya usted a saber... La cuestión es que, quizá, aquella pesada noche del mes de agosto, todo empezó a dar vueltas en la cabeza de Joe: el bar, la orquesta, su vida, la calle, su infancia, las botellas, los vasos y las mesas como un oscuro torbellino. Un calor horrible enardecía la ciudad. La música de un blue que salía hasta la calle por las abiertas puertas del bar, hacía más pesada la noche.

Dicen que Tex recorrió el camino del bar a su casa con la melodía de un foxtro en su silbido y canturreando a trechos unas estrofas. Caminaba con paso firme y lento. Una alegría viril le inundaba y su mirada se levantaba a veces hacia las estrellas. Una noche fría, fría, muda y expectante lo veía pasar por unas calles y él se parecían despedir-

se de él para siempre. Joe le seguía a prudente distancia buscando las sombras. Cuando Tex franqueó la puerta de su domicilio, el negro dejó pasar un instante, se aseguró de no ser visto por nadie y luego entró. El asunto debía ser fácil. En la oscuridad de la escalera hasta los dos puñaladas para borrar de los ojos de Tex toda esperanza y quebrar su cuerpo en un ademán doloroso y desesperado. Habrá buscado en las tinieblas el apoyo de las paredes, y luego su cuerpo habrá rodado unos escalones hasta quedar tendido en el primer descanso. Así lo encontraron.

Yo fui al entierro de Tex. La investigación policial fracasó por completo, ¿recuerda usted? Cuando volví a ver a Mary, otra vez tras el mostrador, su rostro parecía cansado y sus miradas se detenían largo rato sobre un objeto cualquiera como enemistado. Sólo el pedido de un mozo varias veces repetido, hacía volver la vida a sus ojos. Entonces maquinalmente daba vueltas la manijilla de la caja, sacaba las fichas del cajón, entregaba el vuelto y luego de pasar su mirada indiferente por el bar, volvía a abstraerse. No notó que cuando ella volvió al bar, Joe tocó y cantó en forma extraña e inusual, mientras una felicidad tumultuosa sacudía su

Alargó su cuello y besó el borde del vestido de la muchacha. El mundo, murmuró, el mundo y la vida todo lo es usted! El mundo robaba todo eso. Y golpeó su cabeza contra el suelo gimiendo dolorosamente. Ella comprendió. Quedó aterrada al comprobar que era objeto de una pasión tan grande, tan abrumadora y sangrienta. Sin saber qué hacer lo echó de allí.

Un largo rato estuvo cavilando frente a esa nueva vida vacía y confusa que se alzaba ahora ante ella. Luego tomó su sombrero y abandonó el bar. Dunn, asombrado, la llamó por su nombre: «Eh, ¡Mary!... ¡Mary!... Pero no obtuvo respuesta.»

Cinco días después fue cuando ocurrió el suceso que conmovió al bar días y meses y que a usted tan mal le han contado. Alguien pidió a Joe que tocara «Iguale que en un sueño». Debe decirle que Joe era entonces algo semejante a un espectro. Su estado inspiraba lastima y sus ojos no se apartaban de la puerta como si esperase el regreso de alguien. Recibió el pedido y de pronto gritó: «¡No! ¡No quiero tocar "Iguale que en un sueño"! Ella no está aquí para oírlo. ¡Se fue porque yo maté a Mary! ¡No volverá más!... Se imagina usted la confusión que causaron aquellas palabras. Muchos se quedaron mirándose entre sí, otros corrieron hasta la orquesta para sujetarlo. La policía apareció luego, y Joe fue sacado casi a la rastra mientras gritaba desahogado su muerte y su amor a Mary.

Aun comentábamos el hecho, cuando una tarde, no mucho tiempo después que la policía llevó a Joe, Mary entró. Su aparición causó asombro. Su rostro abatido y su mirada cargada de un extraño dolor la habían transfigurado. Se veía en sus ojos que venía allí para algo. Una determinación firme y oscura brillaba en su mirada. Pero estaba tan distinta, tan cambiada, que costaba trabajo trasladarla en el recuerdo hasta detrás del mostrador, volver a poner en sus ojos azules su clara mirada de niña, en su boca aquella sonrisa alegre y feliz, y en sus brazos el encantador ademán con que daba vueltas la manijilla de la caja. «¿Dónde está Joe?», preguntó ansiosamente. Los muchachos se inclinaron entonces hacia ella y le explicaron con minuciosidad lo ocurrido. Mary vivió en sus palabras gritar a Joe desesperado, el asombro del bar, la confusión que siguió luego y la imagen lejana y opresora de la cárcel. Un largo silencio sucedió cuando terminamos de hablar. Mary permaneció todavía allí un largo rato. Diríase que flotaba en medio del vacío más absoluto. Cambió luego unas pocas palabras y salió. Herbert Morris le encontró un día en una calle de Brooklyn. Dicen que Johnnie, el hijo de Burns, la vio una vez en el elevado mal vestida y averjentada. Después nadie supo más de ella.

No podía soportar la mirada de Mary que le quemaba, y le parecía sentir detrás suyo la presencia de algo muy grande y espeso que lo oprimía contra el mostrador y debilitaba sus piernas y sus brazos. Pero una vez en la orquesta, olvidada su muerte y volvía a fundirse con el bullicio del bar y el estrépido de los pistones, trombones, saxofones y banjos que lo rodeaban. Alegre y seguro su saxofón podía cantar ahora hacia el techo, hacia ambos costados, o hacia el suelo su felicidad indudable. Pero su alegría lo perdió. Compuso un blue que se llamaba: «Iguale que en un sueño». Una noche, lentamente acompañado y mecido por el vaivén de los siete cuerpos de la orquesta, empezó a dibujarse su hermosa melódica. Joe se adelantó y radiante de dicha cantó, si mal no recuerdo, esto:

«Y no había espacio, ni tiempo que la robaba a mi vista y la dejara.»

Yo puedo, si quiero, cargar el mundo en mis hombros porque ella está aquí.

Pero prefiero cantar y no hacerlo. Cuando Joe terminó de cantar, Mary se quedó mirándolo fijamente desde atrás del mostrador. Al día siguiente, la misma mirada dura e interrogadora le siguió, le espió y le talaró desde que él entro a ocuparse su puesto, hasta que abandonó el bar pasada la media noche. Los días subsiguientes Joe no se atrevió a mirar a Mary, ni se acercó al mostrador. Una tarde ella lo llamó: «Cante usted "Iguale que en un sueño", pidió Joe. Pero su voz temblaba. Se conocía que una creciente tensión nerviosa le invadía por entero. Sería mejor que se dedicara usted a cargar el mundo y no a cantar, notó ella despectivamente. Si, reconoció Joe. ¿Por qué? preguntó ella mirándolo fijamente. «¿Por qué? El mundo es un yo vi como ella, después de llamarla varias veces se encerró con él en una pieza vecina al despacho de Dunn. ¿Quién mató a Tex? preguntó Mary a quemarropa. Joe balbuceó unas palabras e intentó retirarse. Se sentía acosado. Ensayó una sonrisa, pero a su boca sólo asomó una mueca dolorosa y a sus ojos una mirada desesperada en la que iba toda la justificación de su vida. Pero Mary, implacable y decidida, lo retuvo. ¿Quién mató a Tex? gritó fuera de sí. El cayó entonces, de rodillas.

Alargó su cuello y besó el borde del vestido de la muchacha. El mundo, murmuró, el mundo y la vida todo lo es usted! El mundo robaba todo eso. Y golpeó su cabeza contra el suelo gimiendo dolorosamente. Ella comprendió. Quedó aterrada al comprobar que era objeto de una pasión tan grande, tan abrumadora y sangrienta. Sin saber qué hacer lo echó de allí.

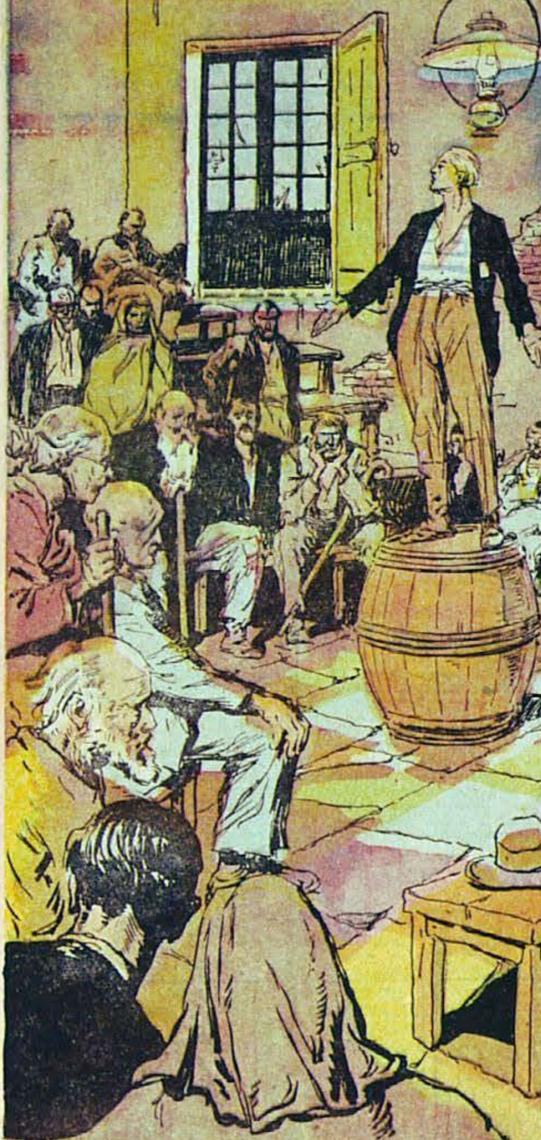
Un largo rato estuvo cavilando frente a esa nueva vida vacía y confusa que se alzaba ahora ante ella. Luego tomó su sombrero y abandonó el bar. Dunn, asombrado, la llamó por su nombre: «Eh, ¡Mary!... ¡Mary!... Pero no obtuvo respuesta.»

Cinco días después fue cuando ocurrió el suceso que conmovió al bar días y meses y que a usted tan mal le han contado. Alguien pidió a Joe que tocara «Iguale que en un sueño». Debe decirle que Joe era entonces algo semejante a un espectro. Su estado inspiraba lastima y sus ojos no se apartaban de la puerta como si esperase el regreso de alguien. Recibió el pedido y de pronto gritó: «¡No! ¡No quiero tocar "Iguale que en un sueño"! Ella no está aquí para oírlo. ¡Se fue porque yo maté a Mary! ¡No volverá más!... Se imagina usted la confusión que causaron aquellas palabras. Muchos se quedaron mirándose entre sí, otros corrieron hasta la orquesta para sujetarlo. La policía apareció luego, y Joe fue sacado casi a la rastra mientras gritaba desahogado su muerte y su amor a Mary.

Aun comentábamos el hecho, cuando una tarde, no mucho tiempo después que la policía llevó a Joe, Mary entró. Su aparición causó asombro. Su rostro abatido y su mirada cargada de un extraño dolor la habían transfigurado. Se veía en sus ojos que venía allí para algo. Una determinación firme y oscura brillaba en su mirada. Pero estaba tan distinta, tan cambiada, que costaba trabajo trasladarla en el recuerdo hasta detrás del mostrador, volver a poner en sus ojos azules su clara mirada de niña, en su boca aquella sonrisa alegre y feliz, y en sus brazos el encantador ademán con que daba vueltas la manijilla de la caja. «¿Dónde está Joe?», preguntó ansiosamente. Los muchachos se inclinaron entonces hacia ella y le explicaron con minuciosidad lo ocurrido. Mary vivió en sus palabras gritar a Joe desesperado, el asombro del bar, la confusión que siguió luego y la imagen lejana y opresora de la cárcel. Un largo silencio sucedió cuando terminamos de hablar. Mary permaneció todavía allí un largo rato. Diríase que flotaba en medio del vacío más absoluto. Cambió luego unas pocas palabras y salió. Herbert Morris le encontró un día en una calle de Brooklyn. Dicen que Johnnie, el hijo de Burns, la vio una vez en el elevado mal vestida y averjentada. Después nadie supo más de ella.

No podía soportar la mirada de Mary que le quemaba, y le parecía sentir detrás suyo la presencia de algo muy grande y espeso que lo oprimía contra el mostrador y debilitaba sus piernas y sus brazos. Pero una vez en la orquesta, olvidada su muerte y volvía a fundirse con el bullicio del bar y el estrépido de los pistones, trombones, saxofones y banjos que lo rodeaban. Alegre y seguro su saxofón podía cantar ahora hacia el techo, hacia ambos costados, o hacia el suelo su felicidad indudable. Pero su alegría lo perdió. Compuso un blue que se llamaba: «Iguale que en un sueño». Una noche, lentamente acompañado y mecido por el vaivén de los siete cuerpos de la orquesta, empezó a dibujarse su hermosa melódica. Joe se adelantó y radiante de dicha cantó, si mal no recuerdo, esto:

«Y no había espacio, ni tiempo que la robaba a mi vista y la dejara.»



HABLARE de una clase poderosa y miserable de la sociedad inglesa; acudiré los tristes y viejos trapos de los mendigos y de los vagabundos, y de todo eso saldrá una aventura conmovedora, original y verdadera. Los socorros oficiales, las cuotas particulares, las medidas legislativas no han podido nunca abolir la mendicidad en Londres. Los mendigos abundan en todas las calles de la ciudad y el espíritu calculador de los ingleses diría, si fuese necesario, los provechosos, las entradas, la jornada de cada uno de esos miserables.

En el horrible barrio de Saint-Giles había un club formado por mendigos de Irlanda, que abandonaron las maravillas naturales de su hermoso país para explotar la fácil sentimentalidad de los habitantes de la metrópoli.

El círculo de Saint-Giles era una formidable asociación dirigida por un presidente y con sus secretarios nombrados por mayoría de votos.

Había asambleas periódicas, fiestas, días de recibo y banquetes espléndidos. El tesorerero de esa extraña sociedad no dejaba nunca de enviar a Dublin una cuota trimestral, establecida por los socios mendigos en favor de los pobres de la lejána y desgraciada patria.

Todas las noches se reunían en la sala del club, donde fumaban, se conversaba y se juzgaba como podría hacerse en el círculo más elegante de cualquier gran capital.

La conversación, que comenzaba generalmente con la discusión de intereses privados, terminaba en una verdadera sesión política sobre las miserias, las desgracias y las esperanzas de Irlanda. Entonces todos aquellos humildes mendigos, acostumbrados a extender la mano o apagar la cabeza a humillar, se volvían fieros y soberbios como hombres libres. La lastimosa voz de la patria se hacía oír en medio de aquella turba de andrajosos, y de cada pecho salían gritos y protestas de una vigorosa elocuencia para contestar a los lamentos de la patria que sufre, que llora y que arroja. Y cuando las imprecaciones de odio habían cesado, en las salas del círculo resonaban cantos de esperanza e himnos patrióticos en honor de los nobles defensores de la patria.

El Club de los Mendigos

de increíble; todo lo que la desesperación tiene de más terrible. Hermanos; compadécime y perdóname... Estoy enamorado... Enamorado de una gran dama, de una lady.

Un largo murmullo atravesó la asamblea. Algunas voces confusas intentaron increpar a Arnold; por fin hubo un momento de estupor y de silencio y el desdichado continuó:

«Mi audacia es extrema, sin duda. ¿Es posible que yo ame, que adore, que siga como una sombra a la viuda de lord Welbrook, la más bella, la más seductora criatura del reino? ¿Cuadrará a un miserable irlandés, a un miserable mendigo, lord, sufrir vivir y morir por ella? He querido olvidarla; me fué imposible. Quise distraerme, aturdirme. Frecuenté los cafeterías, las tabernas, los más horribles garitos. Beví, jugué, me emborraché... y un día, tambaleante, enfurecido por el alcohol, pegué a un amigo, un mendigo como yo, un hermano...»

«¿Ya te perdoné, Arnold! —exclamó un anciano, enjugándose las lágrimas.— Pero aquel día juré que no volvería a beber más y he mantenido mi palabra. Pero mi desdicha aumenta cada día; ya no tengo el "gin" para aturdirme, para consolarme, para transportarme lejos de ella, lejos de la ciudad, lejos del mundo; y siempre la veo: de día, cuando mendigo; de noche, cuando velo, y ahora mismo, mientras hablo.»

«¿Te dirigí la palabra alguna vez? —le preguntaron.— ¿Te ha hecho una limosna? —Nunca me ha hecho una limosna; nunca me ha hablado; pero ella me vió a menudo, me ha encontrado en sus paseos... ¡Oh! ¡Ella me conoce!...»

«¿Qué quieres decir? —Voy a confiarle todo mi secreto, toda mi locura. A medio día, cuando mi jornada ha terminado y he recogido mis limosnas, vuelvo a mi tugurio, dejo mis harapos, me visto con cuidado... En suma, hago desaparecer al mendigo y asumo la apariencia de un hombre de mundo. Desde ese momento, en mi mente ambiciosa no soy ya un irlandés, un esclavo que pide limosna, sino un gran personaje, dueño de un título y una gran fortuna; creo llamarme lord Arnold, y voy alegre y altivo a ver pasar una mujer por las avenidas de Hyde-Park. Ella pasa en su coche; yo la miro, la saludo y me alejo.»

A menudo ella sonríe; tal vez de compasión, cuando me ve aparecer... ¿pero qué importa? Desde seis meses esta ha sido mi vida, mi ambición, mi delirio; por eso ya no sé mendigar, ni para mí ni para mis hermanos, ni para Irlanda.

Pido, pues, que se me deslije de mi juramento, para poder irme muy lejos.

«Tú no partirás —dijo el presidente.



LOS transeúntes me han hablado como me había hablado el sargento en la selva...



Ilustración de PASCUAL GUIDA

Luis Fernando Céline es la última gran revelación literaria de Francia. En plena madurez, siendo un médico de barrio totalmente desconocido en los ambientes intelectuales...

"Aquí es, pues — me dije — No es gran cosa..."

Y en efecto, he visto grandes edificios chatos y vitrados, especies de trampas de moscas sin fin, en las cuales se divisaban hombres que se agitaban, pero a duras penas...

Éra eso Ford? Luego a todo lo alrededor y arriba hasta el firmamento un ruido pesado, múltiple y sordo de torrentes de aparatos, duro, terquedad de las mecánicas en girar, rodar, gemir, siempre prestas a quebrar y sin quebrar nunca.

Éra cierto lo que me había dicho de que tomaban a cualquiera en la casa Ford. No había mentido. Desconfiaba, a pesar de todo, porque los pobres tipos deliraban fácilmente.

Por supuesto, nos hicieron poner en pelo para empezar. La visita tenía lugar en una especie de laboratorio. Desfilábamos lentamente. "Ud. es bastante enclenque — constató el enfermero mirándome primeramente —, pero eso no implica".

Entonces, a fuerza de renunciar, poco a poco, me he vuelto como los otros. Un nuevo Fernando. Después de algunas semanas. Con todo, el deseo de ver a la gente de afuera volvió en mí. No los del taller, por supuesto; esos, mis compañeros, no eran nada nuevos...

Le había echado el ojo al pequeño pabellón en cuestión, rodeado de establos. Para entrar, era menester darse prisa, a fin de que el sereno que estaba de guardia cerca de la puerta no advirtiese nada.

En adelante me proponía pasar por un tipo trabajador. Una vez vestidos, fuimos repartidos en filas pesadas, por grupos vacilantes de refuerzo hacia los sitios de donde me llegaba el estruendo enorme de la mecánica. Todo temblaba en el inmenso edificio; y uno mismo estaba poseído por el temblor de pies a cabeza; de los vidrios y del piso y de la herrajería venían sacudidas que vibraban de arriba abajo.

allá a brincar, ese loco reumebre, entre las correas y los volantes, a llevar a los hombres sus raciones de contradicciones.

No se deja ir a las máquinas con las tres ideas que quedan vacilantes arriba detrás de la frente, de la cabeza. Todo se acabó. Por doquiera, lo que se mira, todo lo que la mano toca, es duro ahora. Y todo lo que todavía viene al recuerdo está también algo tieso como el hierro y no tiene más sabor en el pensamiento.

Uno se ha vuelto horriblemente viejo de golpe. Es preciso abjurar también la vida del exterior, hacer también de ella acero, algo útil. No se la amaba bastante tal como era, es por esto. Es pues necesario hacer de ella un objeto, algo sólido; es la Regla.

He tratado de hablar al contramaestre al oído; ha gruñido como un cerdo por toda respuesta; y con gestos solamente me ha mostrado, pacientemente, la maniobra muy simple que debía cumplir en adelante para siempre. Mis minutos, mis horas, mi resto de tiempo como los de aquí se irán en pasar pequeñas clavijas al ciego de al lado, que las pasaba por el calibrador, desde hacía años, siempre las mismas clavijas. Yo he hecho eso muy mal desde un principio. No me dijeron nada; sólo tres días después de este trabajo inicial, fui transferido, habiendo fracasado del todo, al tiraje del carrito lleno de rodajas, el que iba de una máquina a otra. Allí dejaba tres, cuatro, cinco, más allá solamente cinco. Nadie me hablaba. No se existía ya más que en una especie de hesitación entre la estupidez y el delirio. Nada importaba sino la continuidad estrepitosa de los mil y mil instrumentos que mandaban a los hombres.

Cuando a las seis todo se detiene, uno sale llevándose el ruido en la cabeza; por la noche, durante todo el día, se oye, se oye un ruido, el olor a aceite, como si me hubieran puesto una nariz nueva, un cerebro nuevo para siempre.

Entonces, a fuerza de renunciar, poco a poco, me he vuelto como los otros. Un nuevo Fernando. Después de algunas semanas. Con todo, el deseo de ver a la gente de afuera volvió en mí. No los del taller, por supuesto; esos, mis compañeros, no eran nada nuevos...

No conocía a nadie en esta ciudad y sobre todo a ninguna mujer. Con mucha dificultad he acabado por conseguir la dirección incierta de una "Casa", de una privada, en el barrio norte de la ciudad. Me fui a pasar por allí algunas noches seguidas, después del trabajo, en plan de reconocimiento.

Le había echado el ojo al pequeño pabellón en cuestión, rodeado de establos. Para entrar, era menester darse prisa, a fin de que el sereno que estaba de guardia cerca de la puerta no advirtiese nada. Fue el primer lugar de América donde fui recibido sin brutalidad, incluso amablemente por cinco dólares. Y había mujeres jóvenes, carnosas, tensas de salud y de fuerza graciosa, casi tan bellas a la postre como las del "Laugh Calvin".

No pude impedir el hacerme parroquiano de ese lugar. Todo mi salario iba derecho allí. El cine no me bastaba ya, percibía adentro y en la cabeza y más abajo, agitando las tripas y resonando hasta los ojos a golpes copiosos precipitados, infinitos, incansables. A medida que se avanzaba, íbamos perdiendo compañeros. Se les sonreía al separarse como si todo lo que pasara fuese cosa muy amena. No era posible ya ni hablar ni entenderse. Cada vez se quedaban tres o cuatro alrededor de una máquina.

Se resistía a pesar de todo, uno se resistía a asegurarse de su substancia, uno quería buenamente para todo esto para reflexionar sobre ello y escuchar en sí las pulsaciones fáciles del corazón, pero eso ya es imposible. Esto no puede terminar más. Se halla en catástrofe ese infinito taller de aceros; y nosotros giramos con las máquinas y con la tierra. ¡Todos juntos! La vagonea agachadiza, guarnecida de quincalla, se esfuerza por pasar entre las herramientas. ¡Alístate! Saltar para dejar que pueda aplicar un golpe más el pequeño histórico. ¡Y ¡hop! se marcha más

deportistas por las criaturas del lugar no rayaba por cierto en el fervor algo impetuoso del mío. Esos atletas autónomos en su fuerza estaban ya hastiados en lo que respecta a la perfección física. La belleza es como el alcohol o el confort: uno se habituaba a ella, no se le presta más atención.

Pronto experimenté para con una de las muchachas del lugar, Molly, un sentimiento excepcional de confianza, que, en los serenos tímidos, hace las veces de amor. Me acuerdo como si fuese ayer de su donaire, de sus piernas largas y rubias y magníficamente delicadas y torneadas, piernas nobles. La verdadera aristocracia humana, es bueno que se sepa, son las piernas las que la confieren, que no que la menor duda.

Nos hicimos íntimos de cuerpo y alma e íbamos juntos a pasear algunas horas por semana a la ciudad. Posela amplios recursos, esta amiga, ya que hacía hasta cien dólares por día en la casa, mientras que yo, en la casa Ford, ganaba apenas seis. El oficio que realizaba para minutos, mis horas, mi resto de tiempo como los de aquí se irán en pasar pequeñas clavijas al ciego de al lado, que las pasaba por el calibrador, desde hacía años, siempre las mismas clavijas. Yo he hecho eso muy mal desde un principio. No me dijeron nada; sólo tres días después de este trabajo inicial, fui transferido, habiendo fracasado del todo, al tiraje del carrito lleno de rodajas, el que iba de una máquina a otra. Allí dejaba tres, cuatro, cinco, más allá solamente cinco. Nadie me hablaba. No se existía ya más que en una especie de hesitación entre la estupidez y el delirio. Nada importaba sino la continuidad estrepitosa de los mil y mil instrumentos que mandaban a los hombres.

Una noche, porque sí, sin motivo alguno, me ofreció cincuenta dólares. Primeramente la miré. No me atrevía. Pensaba en lo que mi madre habría dicho en un caso semejante. Y, además, ¿re-cordé que mi madre, la pobre, no me había ofrecido nunca tanto. Para complacer a Molly, fui inmediatamente a comprarle con sus dólares un hermoso traje de color natural (four piece suit) como era la moda de primavera de ese año. Nunca me habían visto llegar tan emperifollado a la privada. La patrona puso en marcha su orfónica nada más que para enseñarme a bailar.

Luego nos fuimos al cine con Molly para estrenar mi traje nuevo... Me preguntaba en el camino si no estaba celoso, porque el traje me daba un aire triste y también el deseo de no volver más a la fábrica. Un traje nuevo es cosa que trastorna las ideas. Ella me abrazaba y besaba con besitos apasionados mi traje, cuando la gente no nos miraba. Yo trataba de pensar en otra cosa.

¡A pesar de todo, qué mujer era esa Molly! ¡Qué generosa! ¡Qué carnación! ¡Qué plenitud juvenil! Un festín de deseos. Y yo me volvía inquieto. ¡Rufián?... me decía. "No vaya más a la casa Ford — me decía desanimado — dome más Molly. Busque más bien un empleo en una oficina... Como traductor por ejemplo, es su género... Le gustan los libros..."

Ella me aconsejaba así gentilmente, quería que fuese alegre. Por primera vez un ser humano se interesaba por mí, por mi interior, diría, por mi egoísmo, se ponía en mi lugar y no me juzgaba tan sólo desde el suyo, como todos los otros.

¡Ah! si hubiese encontrado antes a Molly, cuando aún era tiempo de tomar una senda en vez de otra! Antes de perder mi entusiasmo por esa bribona de Musyne y por esa pequeña indecente de Lola! ¡No crea más en eso! Uno se vuelve rápidamente viejo y por añadidura de manera irremediable. Uno se da cuenta de eso en el modo que se ha adquirido de amar su infortunio pese a uno. Es que le trastorna la vida más fuerte que uno, eso es todo. No adiestra en un género y luego es imposible desembarazarse de él. Yo había partido en una dirección de inquietud. Se toma poco a poco su papel y su destino en serio sin darse cuenta bien de ello y luego, cuando uno cae en la cuenta, es ya demasiado tarde para cambiárselo. Uno se ha inquietado, pero la cosa ya está hecha para siempre.

Molly trataba amablemente de retenerme a su lado, de disuadirme. "La vida se pasa aquí tan bien como en Europa, Fernando! Seremos felices juntos". Y en cierto modo tenía razón. "Colocaremos nuestras economías... compraremos una casa de comercio... Seremos como todo el mundo..." Decía eso para cal-

mar mis escrúpulos. Proyectos. Yo le daba la razón. Me avergonzaba incluso de verla hacer todas esas cosas para conservarme. La quería, por supuesto, pero amaba aún más mi vicio, esa ansia de huir de todas partes, en busca de no sé qué, por un orgullo necio sin duda, por convicción de una especie de superioridad. Quería evitar el vejarla; ella comprendía y se adelantaba a mí. Era tan atenta conmigo, que he terminado por confesarle la manía que me perseguía de largarme de todas partes. Estuvo escuchando durante días y más días cómo yo me expresaba, narraba mi vida con cierta repugnancia, en tren de debatirme entre fantasmas y orgullos, y, lejos de impacientarse, se sentía interesada. Trataba solamente de ayudarme a vencer esa angustia vana y tonta. Ella no comprendía muy bien a donde me proponía yo llegar con mis divagaciones, pero no obstante me daba la razón contra los fantasmas, según mi gusto. A fuerza de ternura persuasiva, su bondad se me hizo familiar y casi personal. Pero entonces me parecía que empezaba a jugarle sucio a mi famoso destino, a mi razón de ser, como yo lo llamaba, y desde ese momento dejé bruscamente de contarle lo que pen-

saba. Me replagué solo en mí mismo, contento de ser aún más desdichado que antes, porque había vuelto a mi soledad trayendo una nueva tormenta de amargura y algo que se parecía al verdadero sentimiento.

Todo eso era banal. Pero Molly estaba dotada de una paciencia angelical, creía con la firmeza del hierro en las vocaciones. Su hermana menor, por ejemplo, en la Universidad de Arizona, había cogido la manía de fotografiar a los pájaros en sus nidos y a los rapaces en sus madrigueras. Entonces, para que ella pudiese seguir los cursos curiosos de esa técnica especial, Molly le enviaba regularmente, a su hermana fotógrafo, cincuenta dólares por mes.

Un corazón infinito, verdaderamente, con verdadero sublime adentro, que puede transformarse en dinero, no en chafalón como el mío y tantos otros. Respecto a mí, Molly estaba completamente dispuesta a interesarse, pecuniariamente en mi aventura viscosa. Si bien por momentos me considerase como un muchacho atolondrado, mi convicción le parecía real y verdaderamente digna para no ser estimulada. Solamente me quería persuadir que le esta-

bleciese un pequeño balance para una pensión presupuestaria que quería instituirme. No podía resolverme a aceptar esa presente. Una postrer vaharada de delicadeza me impedía usar más, seguir especulando con esa naturaleza verdaderamente demasiado espiritual y excesivamente gentil.

Me sentía avergonzado y en esos momentos hice incluso algunos esfuerzos para volver a la casa Ford. Pequeñas heroicidades vanas, por lo demás. Me allegué hasta la misma puerta de la fábrica, pero permanecí rígido en ese lugar liminar, y la perspectiva de todas esas máquinas que me aguardaban girando, anquilado en mi su remisión esas veleidades laboriosas.

Me planté ante la gran vital del generador central, ese gigante multifforme que rugía bombardeando y despidiendo no sé de dónde un qué qué, por mil tubos relucientes, intrincados y viciosos como lianas. Una mañana que me hallaba así apostado en contemplación babosa, el ruso del taxi acertó a pasar. "¡Eh — me dijo — ya te han largado!... Hace tres semanas que faltas... Ya te han reemplazado por una mecánica... Y eso, que te lo había prevenido...".

—¡Seguro! ¡Por supuesto! — me han respondido los del consulto... Hasta ha venido aquí a vernos dos veces, y todavía andaba con papeles falsos... ¡La policía lo busca, además! ¿Lo conoce Ud?... No he insistido.

Desde entonces he estado esperanzado en encontrarlo a cada momento. Sentía que lo tenía cerca. Molly continuaba siendo tierna y bondadosa. Hasta la notaba más atenta que antes, desde que estaba persuadida de que yo quería irme definitivamente. De nada le servía ser atenta conmigo. Con Molly, recorriamos a menudo los alrededores de la ciudad durante sus tardes de permiso.

Pequeños otros pelados, bósquitos de chapas rotando músculos y lags, gentes leyendo aquí y allá revistas ilustradas bajo el cielo cargado de nubes plúmbicas. Evitábamos con Molly las confidencias complicadas. Y luego, se mostraba ensimismada. Era demasiado sincera para tener muchas cosas que decir a propósito de una pena. Le bastaba con que tuviera lugar en su interior, en su corazón. Nos abrazábamos. Pero yo no la abrazaba bien, como hubiese debido, de rodillas por cierto. Siempre pensaba un poco al mismo tiempo en otra cosa, en no perder tiempo y ternura, como si quisiera guardarlo todo para no sé qué de magnífico, de sublime, para más tarde, pero no para Molly, y no para esto. Como si la vida fuera a llevarse, a ocultarse lo que quería saber de ella, de la vida en el fondo de lo negro mientras perdiese fervor abrazando a Molly, y que entonces no tuviese ya bastante y que en fin de cuentas lo hubiese perdido todo por falta de fuerza, que la vida me habría engañado como a todos los otros, la Vida, la verdadera amante de los hombres verdaderos.

Volvíamos hacia la multitud y luego la dejaba ante su casa, porque de noche la clientela la solicitaba hasta el amanecer. Mientras ella se ocupaba con sus clientes, experimentaba a pesar de todo una pena, y esta pena me hablaba tan bien de ella, que la sentía aun mejor en mí adentro que en la realidad. Entraba a un cine para pasar el tiempo. A la salida del cine subía a un tranvía en cualquier parte y me paseaba en la noche. Después de dadas las dos subían los viejos tímidos de una especie que no se encuentra antes o después de esa hora, tan pálidos siempre y somnolientos, en grupos dóciles, que iban hasta los suburbios.

Con ellos se iba lejos. Mucho más allá de las fábricas, hacia las barracas imprecisas, las callejas de casas indistintas. En el pavimento enfanzado por las hovizas del alba, el día brillaba azulado. Mis compañeros de tranvía desaparecían al mismo tiempo que sus sombras. Cerraban los ojos al día. Costaba trabajo hacerlos hablar a esos hombres sombríos. Estaban demasiado cansados. No se quejaban, no; son ellos quienes limpiaban por la noche las tiendas y oficinas de toda la

ciudad después del cierre. Parecían menos inquietos que nosotros, gentes del día. Quizás porque ellos habían descendido más abajo de la gente y de las cosas.

Una de esas noches, habiendo tomado otro tranvía más y encontrándonos en la estación terminal y mientras bajábamos despacio, me pareció que me llamaban por mi nombre: "Fernando! ¡Eh, Fernando!" Naturalmente, en medio de esa penumbra, se oía demasiado fuerte. Eso no me gustaba. Por encima de los techos, el cielo se anunciaba ya en pequeños jirones fríos, recortados por las cornisas. Estaba seguro de que me llamaban. Al volverme, he reconocido de inmediato a León. Susurrando se me acercó y nos explicamos.

El también volvía de limpiar una oficina con los otros. Ese es el único trabajo que había podido hallar. Marchaba gravemente, con un poco de verdadera majestad, como si acabase de ejecutar actos peligrosos y por así decir sagrados en la ciudad. Por lo demás, esa era la actitud que asumían todos esos limpiadores nocturnos, eso lo había notado. En la fatiga y la soledad, lo divino surge de los hombres. El tenía los ojos henchidos de ese aire cuando los abría más grandes que de costumbre, en la penumbra azulada en que nos hallábamos. El había limpiado también extensiones de lavabos sin fin y había hecho brillar verdaderas montañas de pisos y pisos de silencio.

—¡Piénselo bien! Vd. tendrá que encontrar trabajo cuando vuelva a su país, Fernando... Y por otra parte Vd. no podrá pensar más allá de aquí y abandonar el ensueño durante noches y noches... como a Vd. tanto le gusta... mientras yo trabajo... ¡Ha pensado en eso, Fernando? En cierto modo, ella tenía mil veces razón, pero cada cual se conoce. Tenía miedo de herirla. Sobre todo porque era muy sensible.

—Le aseguro que la quiero, Molly, y la querré siempre como pueda... a mi manera. Mi manera no era gran cosa. No bastaba ella, Molly, estaba bien de carne, tentadora. Pero yo tenía esa maldita inclinación a los fantasmas. Tal vez no del todo por mi culpa. La vida lo obliga a uno a estar muy frecuentemente con los fantasmas.

—Vd. es muy afectuoso, Fernando — me decía tranquilizándome — no fllore por mí... Vd. parece como si estuviera enfermo de causa de su deseo de conocer más... Eso es todo... En fin, debe ser su camino... Por allí, solo... Es el viajero solitario que va a lo más lejos... ¿Entonces se irá pronto? — Sí, voy a Francia a terminar mis estudios, y después volveré — le aseguré con toda audacia.

No, Fernando, Vd. no volverá más... Y además, yo tampoco me quedaré aquí... No sea ingenuo. Llegó el momento de la partida. Fuimos una noche a la estación un poco antes de la hora en que ella debía volver a la casa. En el día había ido a despedirme de Robinson. Tampoco él estaba muy contento de verme partir. Era cosa de no acabar nunca con las despedidas. En el andén de la estación, mientras esperábamos el tren con Molly, pasaron unos hombres que hicieron como si no la hubiesen reconocido, pero iban cuchicheando.

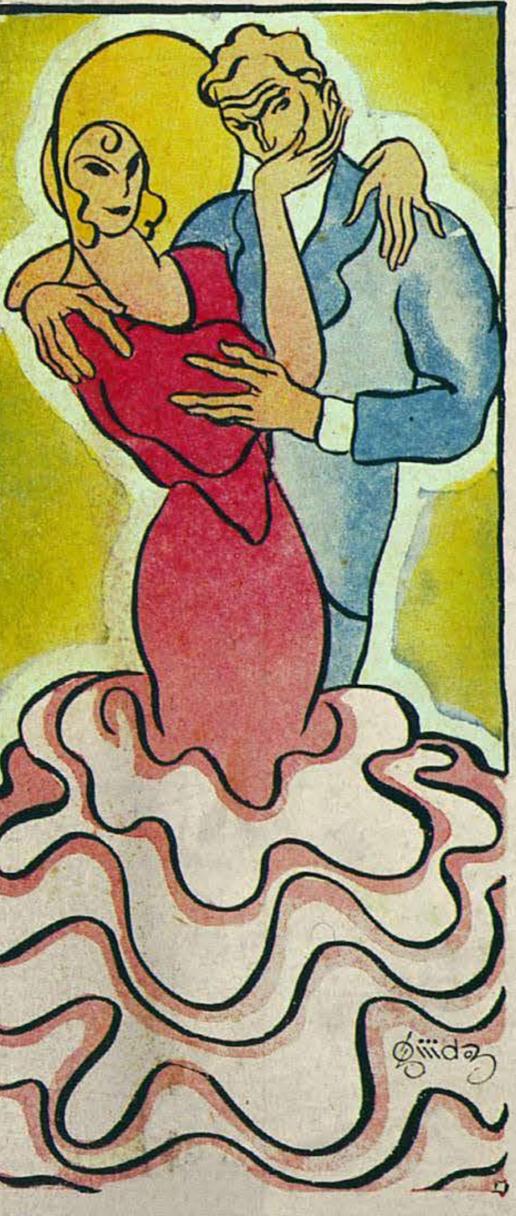
—Mire, Fernando, haga de cuenta que ya está lejos. ¿No es verdad, Fernando, que Vd. hace exactamente lo mismo que Vd. quiere hacer? Eso es lo importante... Eso es solamente el comienzo... El tren ha entrado a la estación. Yo no estaba ya seguro de mi aventura cuando he visto la máquina. He abrazado a Molly con todo el coraje que aun tenía en mí osamenta. Sentía pena, pena verdadera por una vez, por todo el mundo, por mí, por ella, por todos los hombres.

Es tal vez eso lo que se busca a través de la vida, nada más que eso, la mayor pena posible para convertirse en uno mismo antes de morir. Han pasado años desde esa partida y más años aún... He escrito a menudo a Detroit y a otras partes, a todas las direcciones que recordaba y donde podían conocerla y seguirla a Molly. Nunca he recibido respuesta.

Ahora la casa está cerrada. Eso es todo lo que he podido saber. Bueno, admirable Molly; quiero, si es que todavía puede leerme desde un lugar que no conozco, que sepa que la amo aun y siempre, a mi manera, que ella puede venir aquí cuando quiera a compartir mi pan y mi destino futuro. Si ya no es bella, ¡paciencia! ¡Nos arreglaremos! He guardado tanta belleza suya en mi memoria, tan clara, que tengo bastante para los dos y al menos para veinte años, el tiempo de acabar la vida.

Ciertamente, para dejarla fui lo bastante loco, loco de una especie fea y fría. Sin embargo, hasta ahora no he sentido a mi alma y si mañana la muerte me llevara, estoy seguro que no sería nunca tan completamente frío, vil, tan pesado como los otros, tanta ha sido la gentileza y el ensueño que me ha obsequiado Molly en el curso de esos pocos meses de América.

Trad de Simón Buril



POR L. Fernando Céline

Lamentable Tarea del Escritor

Lo que el público se imagina y lo que en realidad es la carrera de las letras.

LA profesión de escritor es, probablemente, una de las más absurdas ocupaciones adoptadas por la humanidad. Escribir libros es en realidad un lógico proceso, una ridícula manera de desperdiciar el corto tiempo de que dispone el hombre. Es una especie de solitario confinamiento impuesto por una secreta vanidad idiota y una turbia esperanza. Día tras día, por ejemplo, año tras año, a la mañana voy a una pequeña casa que poseo en West Chester y allí escribo; escribo solo y sin interrupción, desde las diez hasta la una o las dos—hasta que mil quinientas palabras manuscritas están listas— y entonces, mentalmente exhausto, físicamente oprimido e irritado, vuelvo a Dover House para almorzar. En la tarde, más frecuentemente si que no, escribo otra vez mil quinientas palabras. Prácticamente, cada mañana de mi vida madura, incluido el domingo, me he sentado frente a dos lapiceros y una pila de cuadernos en blanco.

Los cuadernos vacíos están cerca de mi mano derecha; cuando se llenan son movidos por mi mano izquierda. Poco importa que mi labor sea ardua, están siempre delante mío en una cantidad que jamás podré utilizar. La delgada corriente de la tinta fluye a través de la pluma, con un suplicio que nunca agotará.

Estos hechos inevitables, eventualmente se tornan demasiado incómodos. El solo esfuerzo de mover una lapicera página tras página, no es, en sí mismo, excesivo; pero cuando se trata de expresar una idea es devastador. Fuera de las ventanas de mi pequeño escritorio se ve una placentera calle con veredas de ladrillo y árboles, y una inintermitente, atractiva vida local. En la época de la caída de las hojas la calle está dorada, llena, durante la siesta, de la luz dorada del sol; y todo es claro, porque en el condado de County el mundo es bello—valles azules, verdes colinas y follaje bermejo. Pienso en sus señaladas bellezas y continúo escribiendo hasta que el crepúsculo cae, los colores se marchitan afuera y el día se torna frío.

En la primavera es peor: las ventanas están abiertas—después del largo aislamiento del invierno—y una cantidad de encantadores, divertidos sonidos penetran en la casa; los valles, entonces, están cubiertos por la blancura de los manzanos en flor, los arroyos murmuradores y musicales y los crepúsculos dulces, con agudo cantar de los pájaros y el lento croar de las ranas en las lagunas. Permanezco sentado frente a mi mesa, que es demasiado baja para mí; mi brazo izquierdo, durante horas, en una misma posición, se paraliza a medias; los dedos de mi mano derecha se van volviendo nulos para sostener la lapicera. Porque no he encontrado jamás una mesa más alta, es algo que está más allá de mí el decirlo. Por tres años he continuado encorvándome sobre ella en una ruda e incómoda posición.

No hay alfombra en el cuarto donde trabajo, y la mesa se desliza frente mío, se desliza lejos, urgida por mi estómago y concluyo por encontrarme al lado de la puerta principal de mi escritorio. A veces, subconscientemente, la detengo, la vuelvo al lugar que le pertenece; entonces cojen a almorzar de nuevo. Hay una plancha de latón, en el medio del piso, y, al fin, maniobro para fijar una pata de la mesa atrás de ella. Entonces todo, excepto mi cerebro y mi mano, permanece estacionario por una hora más o menos.

Escribo persiguiendo la mesa a través del cuarto, con jaquecas y otras perturbadoras enfermedades; escribo en invierno, cuando la calefacción, suministrada por un sistema central, falla y estoy rígido por el frío y la inactividad, y en verano, cuando la tinta se corre sobre el papel en que mi mano se ha apoyado. Sigo así, y los únicos acontecimientos que me depara el calendario son las apariciones, los martes y viernes, de la señorita O'Hara, quien se encarga de la limpieza de mi casa.

Lo que hace que me sea particularmente difícil soportar esta existencia es el general convalecimiento de que mi vida es un paraíso de pereza y placer. El público parece creer que yo dividí mi tiempo entre la compra de corbatas, la ingurgitación de champagne y la conversación con las más hermosas criaturas femeninas de esta y otras comarcas. Frecuentemente, con envidia, he pensado en la vida que se supone que llevo. La realidad es bien diferente.

La actitud de las mujeres con respecto a un novelista, es en parte de envidia y en parte de un previo resentimiento. Toman el aire de esperar lo peor, de su parte. Las aduladoras, no son mejores; concluyen por recitar sus más privadas dificultades, generalmente inventadas y dramatizadas en alto grado, con

la explicación o la excusa de que sólo uno podría entenderlas. Las dificultades, por otra parte, son siempre las mismas; las mujeres están fastidiadas con su existencia; palabra por palabra, cada una de ellas repite lo que todas las otras han dicho. Le tienen a uno la mano, lo miran y terminan por pedir un poco más de champagne o fuego para el cigarrillo. La verdad, enteramente diferente de la leyenda popular es que las mujeres miran a los escritores de una manera impersonal; los miran por encima, como individuos impersonales.

El escritor no es, por lo común, cuando llega a ser empujado, físicamente atractivo; su vida y hábitos son peculiarmente destructivos de los encantos personales; y las mujeres sensibles, las encantadoras mujeres—después que se han saturado a sí mismas con su simpatía—retornan con bien distintos hombres al salón de baile. Además, todo hombre que ha llegado a la eminencia se torna irónico, más irónico y lleno de dudas a medida que los años pasan. Y las mujeres odian la ironía y la duda en el hombre.

Escribir indiferentemente es lo más provechoso de todo; cuentos, libros que igualmente agradan a los entólosos, romanos, turcos, metodistas, primitivos y episcopales. Libros sobre todo, acerca de una humanidad triunfante, donde la bondad es recompensada por la interminable posesión de mundanas felicidades. He aquí la perfecta fórmula. Dorar el último párrafo y colocar una adorable muchacha rubia.

Una novela que requiere dos años de amarga labor, consecuencia de media vida plena de devastadora experiencia, puede ser fácilmente un éxito en el plano de los meros cumplimientos, y representar doscientos dólares para su autor. Un segundo libro salido de la misma mano, igualmente o más admirable aun, puede traer de vuelta quinientos dólares. Setecientos en total, ganados en un período, quizás, de cinco años.

Cada uno, con respecto a los otros, desea ser justificado, tranquilizado; escribiendo lo que justifica a la mayoría es natural que, invariablemente, la mayoría lo compre. Una de las grandes falacias, en el mundo de los libros, es la creencia de que los trabajos impúdicos e inmorales son inmensamente provechosos. Ellos son, en realidad, improductivos del todo. Su público es limitado. Los libros que colocan un halo luminoso en la cabeza de los hombres comunes y las mujeres vulgares, son en la actualidad las únicas fuentes de riqueza en literatura. Son, en su mayoría, comprados por mujeres que desean realizar, con la imaginación, sus más altas ambiciones y esperanzas. Sus esperanzas y ambiciones, principalmente, las urgen hacia lo enigmático y hermoso, hacia lo romántico, los hombres, el lujo y la variedad en la vida.

Yo jamás esperaría vender una novela acerca de una solitaria y fracasada mujer a las mujeres, por más que ella fuera enteramente sentimental. Una novela sentimental, para venderse, debería exagerar groseramente los dolores de esa mujer. Una fría colección de hechos no tendría éxito con ellas; la búsqueda, la presencia de la verdad y la belleza no tiene sustancia para sus mentes.

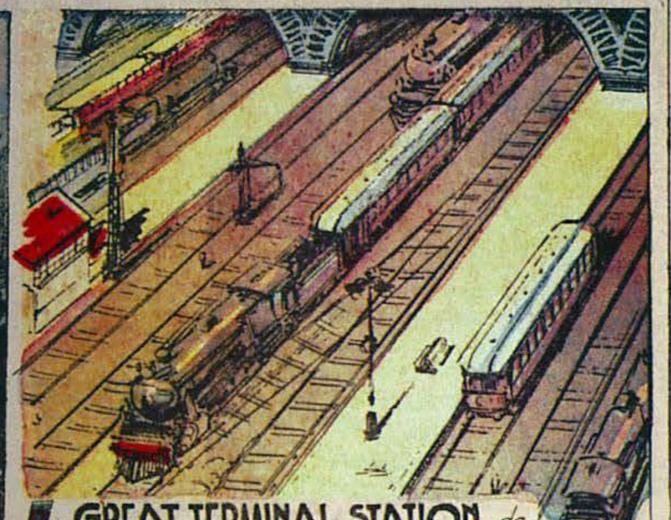
La inmensa mayoría de las mujeres lee para soportar, por medio de la ilusión, la espera de un mejoramiento de sus destinos. Yo estoy familiarizado con la fórmula de la mayoría de las novelas de inmenso éxito; podría escribir una, observando todas las exigencias de construcción e ideación, en dos semanas. Semejante libro me reportaría alrededor de cuatrocientos mil dólares, entre escenificación, venta de libros y filmación. Y sin embargo, me es imposible hacerlo. El hecho de que su espíritu no sería sincero, de que yo no creo absolutamente en ello, sería evidente, de inmediato, para todos.

Hasta la jerarquía que a veces acompañaba la tarea del escritor, no es siempre deseable; más eminencia conquista un escritor, más le sigue la constante opresión de una universal estupidez. Una repetición de preguntas y superficialidades, palpablemente falsos cumplimientos; una penosa demanda de instrucción y asistencia de millares de escritoras sin una sombra de habilidad; la interminable envidia, la animosidad real de casi todos los otros escritores hábiles; la eterna y mala imitación consciente entre lo que se concibe y lo que se realiza. Y como si fuera poco, no hay para el creador de libros amado o no amado, fiestas ni períodos de descanso. El escritor lleva sus dificultades, sus problemas consigo, a dondequiera que vaya; destuye sus días y atormenta sus noches; ellos están entre él y sus placeres; concluye por abstenerse, incluso de la felicidad y seguridad del amor.

Visto y Oído ★ Ordenó su fusilamiento ★ por PREMIANI



AL SER FUSILADO, MURAT PIDIO QUE LE DEJASEN ORDENAR EL FUEGO. TUVO QUE DAR DOS VECES LA VOZ DE MANDO, PORQUE EN LA PRIMERA LOS SOLDADOS HABÍAN CARGADO LOS FUSILES CON BALAS DE FOGUERO PARA NO MATARLO.

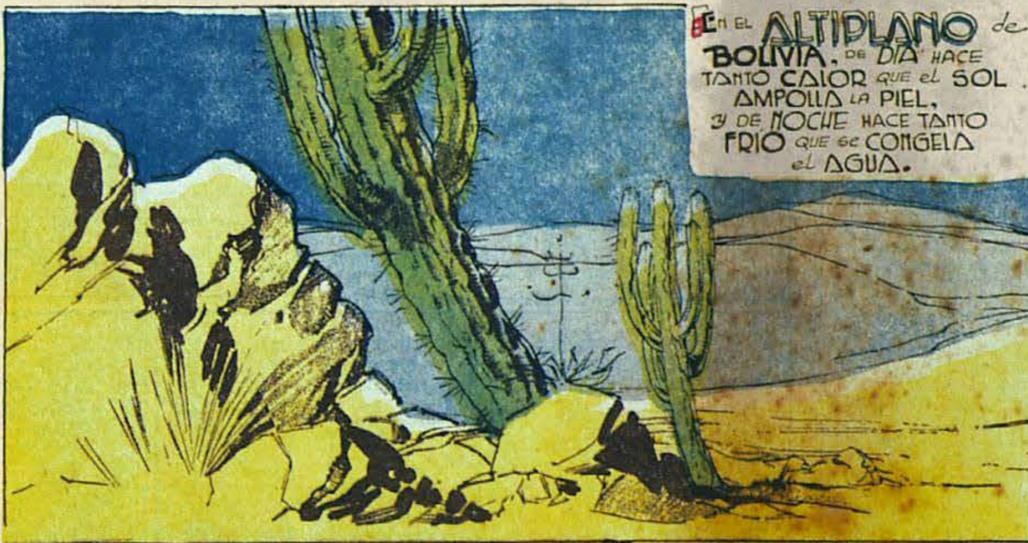


La GREAT TERMINAL STATION de NUEVA YORK es LA MÁS GRANDE DEL MUNDO. TIENE 43 PLATAFORMAS.



La MOSCA NO RESPIRA por LA BOCA, SINO POR LOS POROS del CUERPO.

En el TIBET, POR CADA 4 HABITANTES HAY 1 MONJE.



En el ALTIPLANO de BOLIVIA, DE DÍA HACE TANTO CALOR QUE EL SOL AMPOLLA LA PIEL, Y DE NOCHE HACE TANTO FRÍO QUE SE CONGELA el AGUA.

BIBLIOGRAFIA

González Trillo y Ortiz Behty — "Diez Adolescentes". Colecc. Cometa de la Editorial Tor.

La vehemencia, muchas veces magnífica de González Trillo y Ortiz Behty, no depara a sus autores en "Diez Adolescentes" la continuidad en el acierto. El estilo, lleno de frases pequeñas, cortadas, interrumpidas, cargado de puntos suspensivos; torturado en síntesis que a veces dejan trunca la expresión; exageradamente amargado y continuamente teatralizado, concluye por hacer difícil la lectura de esta novela y menos convincentes las situaciones dramáticas en que abunda y de cuya hondura no se puede dudar.

Por otra parte falta un nexo. Las acciones se entrecruzan, combinan, superponen. A ratos cuesta seguir a cada uno de los personajes, que se pierden en un laberinto enloquecido. En una palabra, falta método y adaptación a ese género particular que es la novela.

En cambio, abunda en detalles en trozos aislados capaces de componer relatos perfectamente autónomos. El clima desesperado de la adolescencia — con su

trágico cortejo de demasiado bruscas experiencias — ha sido logrado por González Trillo y Ortiz Behty, quienes han dado relieve de primer plano a esa fermentación que se oculta bajo la aparente gracia del adolescente.

Irene, Max, Marga, Eleazar, Lázaro, Demetrio, Hebe; mujeres y varones en la plena, irreflexiva exaltación de la sangre. Instintivos que se debaten en una noche de angustia. Que aman, odian, compadecen o parten con extraña celeridad, como si el pasado, que en este caso es ayer no más, no pesara sobre sus cuerpos frágiles, sobre sus almas revueltas, azotadas por ráfagas de cielo y lamos de luz — lujuria o generosidad amistosa — que no saben o no quieren detenerse.

Esta exaltación general es válida en Ortiz Behty y González Trillo, aunque los tintes sombríos hayan sido prodigados con exceso, al extremo que sería difícil contar las veces que las palabras "sueñidad" y "angustia" y

sus derivados han sido usados. Desde la página 141 a la 143, por ejemplo, encontramos a la primera cinco veces.

En muchos lugares del libro la forma enumerativa y esencial que los autores emplean para hacer las descripciones de los ambientes y paisajes a veces también de los rostros o los estados de alma, participa de la naturaleza del poema. La página 20 compone un verdadero poema que termina en la siguiente cañilla, cuando habla de la soledad del Sur, y sitúa en ese clima despiadado a Eleazar, a Max, a Laura y su perro.

También este extraordinario párrafo en la página 142. Habla un artista de music-hall. Tapara: "Sabían los brujos, los magos, la terrible verdad — prosiguió. — Por eso descubrieron el Datura Estramonio, la hierba de la locura y de la alegría. Lo único que hace vivir... y en todo hay tanta delicadeza, tanta dulzura. Primero la lluvia de otoño en una tierra misteriosa y extraña... Después de recolección por muchachas del Yunnan... el tajo con el cuchillo blanco, en el crepúsculo, la caída de los pétalos, y cuando la noche fragante crece, el jugo que se condensa en pequeñas lágrimas".

El debilitamiento de esta novela es un producto, en definitiva, de su materia excesiva. Los autores no supieron controlar sus fuerzas. Poetas excelentes y con una visión apasionada de las cosas, derivaron su interés hacia trabajos parciales, descuidando la acción, tan esencial en la novela. En realidad, apuntan en "Diez Adolescentes" más de cinco o seis argumentos que hubieran bastado, cada uno por sí solo, para construir una novela. El caso de Max, por ejemplo, es de una enorme originalidad y profundo interés. Sin embargo, se pierde en el farrago de otras vidas entrecruzadas, cada una de las cuales esboza una acción insuficiente.

No obstante todo lo cual quedan en pie páginas memorables y la nueva certificación de la existencia en González Trillo y Ortiz Behty de dos escritores capaces, con un poco más de ajuste, de lograr en la novela la misma bella realidad presente en sus poemas. — U. P. de M.

★ Los que escriben en "Crítica Revista Multicolor"

RAUL RIVERO OLAZABAL ha colaborado con ensayos críticos y poemas en las principales revistas literarias del país. Se graduó de bachiller en el Colegio Nacional de San Isidro. Luego, en la Universidad de Buenos Aires, se recibió de escribano.

VICTOR JUAN GUILLOT fue diputado nacional y secretario del Consejo de Educación. Es autor de "El alma en el pozo", libro premiado en un concurso literario municipal. Abogado. Nació en Concordia en 1889.

ENRIQUE MALLEA nació en Buenos Aires. Autor de varias publicaciones teatrales. Está empleado en los FF. CC. del Estado. En la actualidad tiene treinta años.

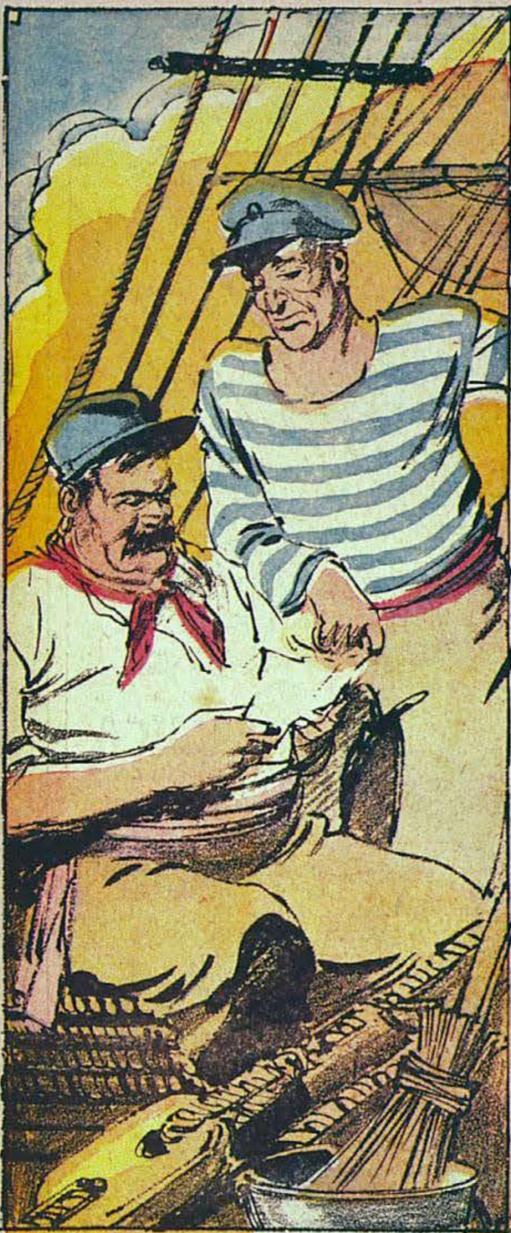
ILDEFONSO PEREDA VALDES, uruguayo. Es autor de "La guitarra de los negros". Su último libro se titula "Acero y música". Participó en el movimiento renovador de las revistas "Proa" y "Martín Fierro".

JOSE DE ESPAÑA, novelista e investigador histórico. Es autor de "La mujer de Shanghai" y "Psicología de Rozas". Su padre era armador. Nació a bordo de un velero llamado "Tres Amigos", en aguas cercanas a Palma de Mallorca, donde fue inscripto. Desde los seis años reside en la Argentina. En cuarto año interrumpió sus estudios de medicina.

JOSEPH HERGESHEIMER es uno de los mejores prosistas norteamericanos contemporáneos. Ha recorrido los Estados Unidos y Méjico. Es autor de numerosas novelas. Entre ellas, de "Tampico", que refleja la fiebre, la crueldad y la extenuación de los trópicos.

Joseph Hergesheimer

El Buque Negrero



I. Pereda Valdés
Ilustración de Premiani

las aldeas de la costa africana. Los días y las noches fueron tranquilos hasta llegar al África del Sur. Una tempestad, una pelea entre marineros, no puede decirse que sean obstáculos para llamar a un buen viaje al que hizo la "Estrella de la Mañana", como se llamaba el buque negro.

Llegaron. El barco atracó suavemente. Los negros se acercaban, curiosos y confiados. Tocaban todo, no saliendo de su asombro. La caza comenzó en seguida. Como a fieras salvajes se les arrancó a los negros de la tierra. Las madres lloraban a sus hijos para siempre; estaban seguras de no verlos más. Huían los negros, aterrados, hacia la selva. Algunos marineros incendiaron las chozas. Los que se resistían los mataban. El barco zarpó rápido, huyendo, como el ladrón que teme hasta su propia sombra. Las sentinas se llenaron pronto de negros. Donde cabían cien, iban doscientos. Apretujados, apestaban. Las enfermedades terminaban con la mitad, y los que ya no servían se arrojaban a los tiburones. Raro era el día en que el mar no se teñía, levemente, con la sangre de un negro. Allí estaban negros de tribus enemigas, y por eso se miraban con odio. Sin embargo, había algo que los unía: el deseo de sublevarse, de salir de aquella infecta prisión.

De noche, los sollozos de las mujeres hacían más negra la noche. Una estrella mágica brillaba en el mástil.

—Esa estrella nos salvará! —decían, supersticiosos, los negros.

Muchas noches tranquilas llevaba "La Estrella de la Mañana". "Pata de palo" contaba ya segura la ganancia.

—Tantos negros, a tanto... tanto — repetía con monótona insistencia.

—Mire que se equivoca, —decía Jessel—; no le pagarán ni la mitad. Los negros están muy flacos.

—No importa. Los engordamos al llegar. Jack terminaba por enojarse. No necesitaba mucho para salirse de su pata de palo.

Una noche habían tomado más que de costumbre. Estaban todos bebidos. "Pata de palo" gritaba desentrenado.

—¡Estos negros nos van a matar a todos!

Recordaba la historia de un capitán holandés que se había enloquecido de tanto azotar a los negros.

El calor, la ginebra, los negros, le producían pesadillas. Vela a los negros surgir en la sombra; volverse más negros y temibles.

—Tengo un presentimiento, —dijo Jessel—; hay una estrella roja en el mástil. Eso quiere decir sangre. ¡Oh, capitán, mi capitán, temo por usted esta noche.

—Déjate de supersticiones y bebe conmigo la última copa.

Un ruido de cadenas se empezó a sentir. Era como una ola que subía de la sentina. Una ola inmensa, negra. Eran los negros, que subían de la bodega a la borda. La tempestad de los negros, que se desencadenaba en el barco.

—Atrás — gritó el capitán cogiendo el látigo.

El capitán especulaba con el temor supersticioso del negro, con la magia de circunstancias, pero los negros no obedecían; cada vez se acercaban más. La lucha se generalizó cuerpo a cuerpo. Volaban los piratas por la cubierta, y los tiburones se los iban tragando. El mar quedaba color sangre. Los negros se multiplicaban milagrosamente. En pocas horas fueron dueños del barco y vieron una pata de palo que flotaba en el agua.

El buque negro volvió a África y quedó para siempre en aquella tierra, donde se le equipaba para pesquerías...

Y los padres les contaron desde entonces a los negritos, la historia de "pata de palo"; la historia de un hombre malo que se comía a los niños que no eran buenos con sus mamás...

—Alcanzará con cuarenta — dijo Jack, seguro de estar en posesión de la verdad.

—Puede agregar algunos más. No me siento seguro con tan poca gente.

—Siempre desconfiado — agregó Jack con sorna, y movió la pata de palo, que sonó en el suelo como el llamado de un aparato Morse.

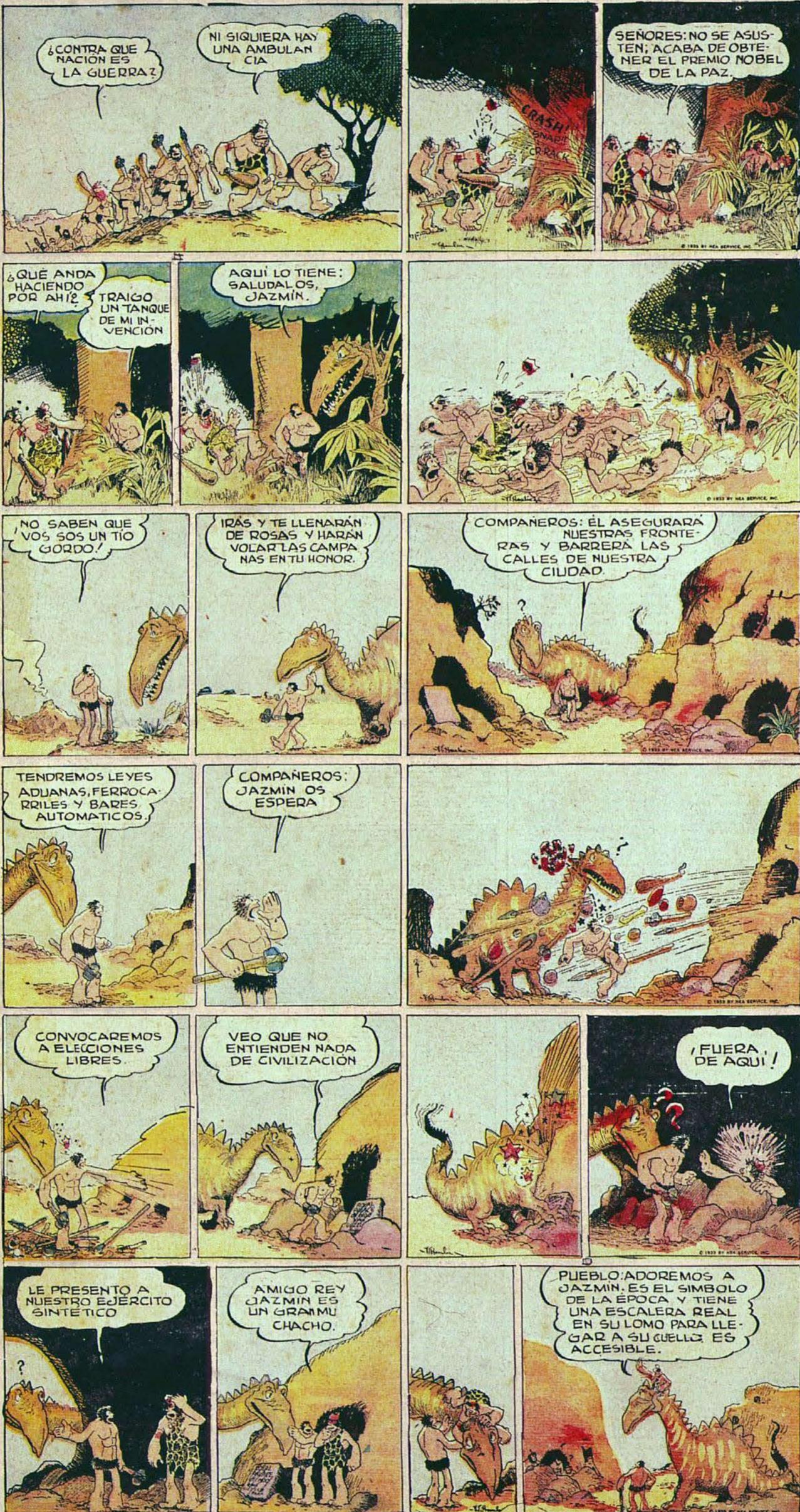
La fragata estaba allí, en la bahía, anclada placidamente. Sus grandes velas se inflaban gráciles. El viento soplaba favorablemente; no había que retardar la partida. Fueron entrando los tripulantes. Había tipos de todas las razas y de todos los países: malayos, japoneses, mulatos, rubios e ingleses. Los tipos más deformes y desclados se congregaron allí.

El buque zarpó, sereno, rumbo a la costa de África. Nadie suponía que dentro de aquel barco, de aspecto gracioso, se cometerían las mayores infamias; que allí iban a amontonarse, como residuos humanos, los negros robados a

Peloponeso y Jazmin



por Hamlim



QUELLA noche el capitán inglés Jack Blake estaba más preocupado que de costumbre. Su pipa humeaba como la chimenea de un barco. Era una bella pipa, de espuma de mar, que había comprado en Oceanía. Jack Blake tenía una pierna de madera; le llamaban, por eso, "pata de palo". Era taciturno, hosco; pocas palabras salían de su boca; generalmente eran palabras de mando, órdenes, que había que obedecer de inmediato.

UNA dramática insurrección negra en alta mar, en la época que los piratas se dedicaban al tráfico esclavista, engañando a los indígenas de la costa africana.

la lista de la tripulación para el día siguiente, temprano, en que el barco debía zarpar y faltaban algunos marineros para el enganche.

—Alcanzará con cuarenta — dijo Jack, seguro de estar en posesión de la verdad.

—Puede agregar algunos más. No me siento seguro con tan poca gente.

—Siempre desconfiado — agregó Jack con sorna, y movió la pata de palo, que sonó en el suelo como el llamado de un aparato Morse.

La fragata estaba allí, en la bahía, anclada placidamente. Sus grandes velas se inflaban gráciles. El viento soplaba favorablemente; no había que retardar la partida. Fueron entrando los tripulantes. Había tipos de todas las razas y de todos los países: malayos, japoneses, mulatos, rubios e ingleses. Los tipos más deformes y desclados se congregaron allí.

El buque zarpó, sereno, rumbo a la costa de África. Nadie suponía que dentro de aquel barco, de aspecto gracioso, se cometerían las mayores infamias; que allí iban a amontonarse, como residuos humanos, los negros robados a

Jessel se llamaba su segundo, y con él conversaba, de cuando en cuando, anotando nombres en una larga lista.

—Yo no soy de esa opinión. Es un tipo de temer.

—Sin embargo lo necesitamos.

—Sea como usted quiera. Jessel echó una mirada a través del vidrio de la ventana. Estaban en la ensenada de Vallongo, apretada entre dos elevaciones cubiertas de un verde limón; de un lado estaba el otero de la Saúl; del otro, el morro de Livramento.

En el otero se destaca, entre almendros en flor, la capillita de una virgen. El paisaje era placido, de una dulzura tropical que incitaba a la molición.

Las palmeras apenas se movían suavemente, mecidas por la brisa. Nadie diría que aquel lugar placido estaba destinado, con sus grandes almacenes, fríos y alineados, al comercio más infame. El marqués de Lavradio había tenido la idea de recoger aquel lugar paradisíaco para convertirlo en el centro del tráfico de uno de los comercios más productivos del Brasil, y la capillita no era inocente: estaba bendiciendo la infamia.

"Pata de Palo" se inquietaba porque debía tener

la lista de la tripulación para el día siguiente, temprano, en que el barco debía zarpar y faltaban algunos marineros para el enganche.

—Alcanzará con cuarenta — dijo Jack, seguro de estar en posesión de la verdad.

—Puede agregar algunos más. No me siento seguro con tan poca gente.

—Siempre desconfiado — agregó Jack con sorna, y movió la pata de palo, que sonó en el suelo como el llamado de un aparato Morse.

La fragata estaba allí, en la bahía, anclada placidamente. Sus grandes velas se inflaban gráciles. El viento soplaba favorablemente; no había que retardar la partida. Fueron entrando los tripulantes. Había tipos de todas las razas y de todos los países: malayos, japoneses, mulatos, rubios e ingleses. Los tipos más deformes y desclados se congregaron allí.

El buque zarpó, sereno, rumbo a la costa de África. Nadie suponía que dentro de aquel barco, de aspecto gracioso, se cometerían las mayores infamias; que allí iban a amontonarse, como residuos humanos, los negros robados a

la lista de la tripulación para el día siguiente, temprano, en que el barco debía zarpar y faltaban algunos marineros para el enganche.

—Alcanzará con cuarenta — dijo Jack, seguro de estar en posesión de la verdad.

—Puede agregar algunos más. No me siento seguro con tan poca gente.

—Siempre desconfiado — agregó Jack con sorna, y movió la pata de palo, que sonó en el suelo como el llamado de un aparato Morse.